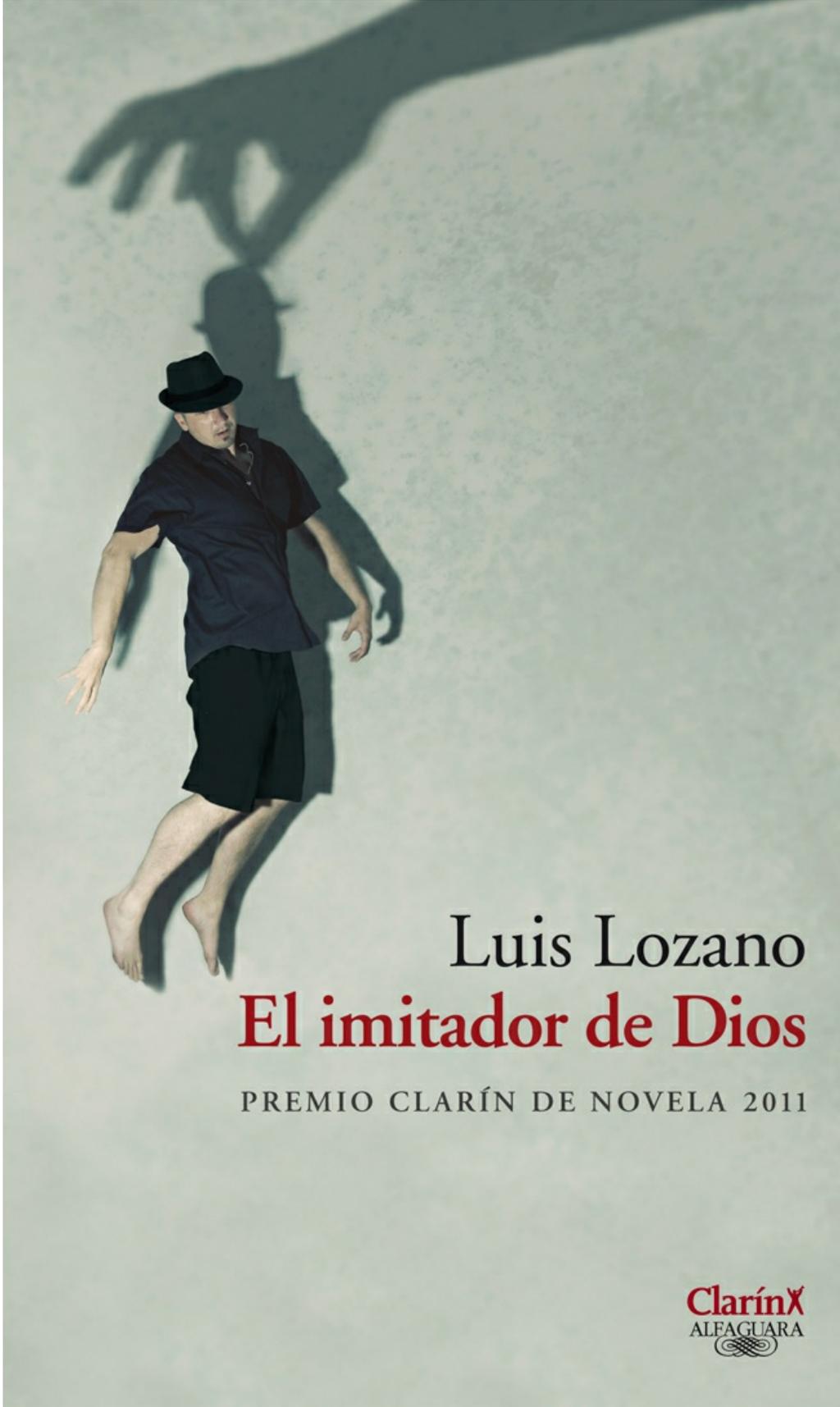




Luis Lozano
El imitador de Dios

PREMIO CLARÍN DE NOVELA 2011



Luis Lozano

El imitador de Dios

PREMIO CLARÍN DE NOVELA 2011

Clarín
ALFAGUARA

El imitador de Dios

LUIS LOZANO

ClarínX
ALFAGUARA


A Su

Ahora bien: ¿Qué es toda la vida mortal sino una especie de comedia donde unos aparecen en escena con las máscaras de los otros y representan su papel hasta que el director del coro les hace salir de las tablas?

ERASMO, *Elogio de la locura*

I

BUENOS AIRES
Historias en los bares

El hombre que un día aparece en el pueblo y, uno por uno y a condición de que se vayan con lo puesto, comienza a ofrecer mucho dinero a los distintos dueños de las casas de una de las manzanas del centro. Pocos meses después ya es propietario de la manzana completa: más de cuarenta viviendas contiguas y todo lo que hay dentro de ellas. Pero cuando en el pueblo creen que va a derribarlas para levantar un edificio, el hombre abre huecos en las medianeras, coloca puertas que llevan de una construcción a otra y transforma esas cuarenta y dos casas en apenas una sola. No le han interesado los ocupantes, pero sí le atraen los objetos (fotografías, ropa, muebles, libros, adornos, juguetes) y más que nada los paisajes diversos de las viejas construcciones. Por eso de pronto el hombre también es dueño de las historias de esas casas, de todos los momentos registrados en cada marca de las paredes, en cada baldosa rota, es dueño hasta del pausado montaje de los olores por los que ahora es posible —tras un ejercicio no demasiado extenso— identificar las distintas cocinas, los patios, los corredores con mamparas que llevan de una vivienda a otra. Sólo que allí en ese punto donde cualquier otro hombre se habría detenido para fijar la situación, él da otro giro en el aire y vuelve a desaparecer.

Los dos empleados de la redacción del diario del pueblo, que además son ciertamente amigos. Una mujer y un hombre. Ella está casada, dos hijos. Él es más joven que ella, soltero, vive con su madre. El diario atraviesa un momento de descalabro económico, los empleados cobran mal, a veces por día, otros días no cobran. La cámara digital está rota, la red de computadoras no funciona, el taller ha caído en desuso y el diario se imprime en una ciudad cercana. El empleado (Marcos) no soporta las condiciones de trabajo, quiere irse, pero tampoco encuentra otro empleo. Ella (Paula) está igual de cansada, pero es más paciente y no le gusta que él se amargue la vida así como lo está haciendo. Un día Marcos comienza una protesta que parece no tener fin y Paula pretende calmarlo, le pide que mire la mitad de la botella llena, y discuten, pero en buenos términos, con buenas intenciones. Sin embargo surgen reproches personales. El día que le toca hacer el horóscopo a Marcos él lo utiliza para enviar mensajes a Paula, que es de Tauro, y que lo lee. Al día siguiente, cuando le toca a ella, también lo usa para responderle con consejos que, al leerlos después Marcos, cobran un sentido nuevo. En el pueblo hay una pareja que sigue atentamente el horóscopo del diario y creen en él casi con devoción; ella es del signo de Paula, él del signo de Marcos. Los dos empleados, sin proponérselo, van influyendo en la vida de los desconocidos hasta que lo que para Paula y Marcos es simplemente un juego, se vuelve para esta otra pareja una situación de violencia en la que uno matará al otro. No va a demorarse la noche en que Paula o Marcos redacten la crónica del homicidio que ellos mismos —ignorantes de lo que en realidad sucede— propician cada día.

El hombre que maneja el único coche de la única línea de colectivos del pueblo. El chofer

que pasa exactamente cada una hora por los mismos lugares y que un día (es invierno, hace frío, en el aire hay una especie de agua nieve que opaca la transparencia de las primeras horas de la tarde) comienza a asociar algunos movimientos en cierta casa de uno de los extremos del recorrido con los movimientos de otra casa, en la otra punta de la vuelta. Es decir: cada treinta minutos el hombre tiene una alteración de la historia que él mismo va construyendo en su mente entre un extremo del recorrido y otro, de modo que la historia que está viendo suceder —aunque de trama ignorada— avanza ajena a lo que él supone. Hay un auto rojo, viejo —un Chevy desvencijado—, que se le adelanta siempre, y él lo ve, entonces, estacionado, sin variantes, frente a las dos casas. Ésa es la imagen que le queda: el auto que, como él, va y viene entre los dos puntos en una frecuencia similar a la suya, lo que los integra en una temporalidad obsesiva. El chofer quiere adivinar lo que verá cuando llegue al otro extremo. La ansiedad crece de manera constante y lo altera al punto de querer intervenir cuando esté seguro de que, según sus apreciaciones, en el extremo siguiente, es decir dentro de treinta minutos, la fatalidad va a provocar un asesinato. Pero, por supuesto, antes de llegar el micro sufre un desperfecto, y el desconocido que para en la calle aislada (ya es de noche) a auxiliar al chofer, a preguntarle si puede ayudar en algo, detiene su Chevy rojo.

Las historias están en la voz de Vieytes, ahora sobre la mesa del bar y en el aire cercano a nosotros, pero parecen venir de esa zona indefinible que hay por debajo y por detrás de sus anteojos, desde donde habla como al vacío, a nadie, falsamente despreocupado por convencerme de que el proyecto vale la pena. En el bar ya no quedan clientes salvo él y yo, y todo lo que puede verse de la noche que hay afuera es la extensa mancha traslúcida, clara, que arroja el foco de la esquina, las hojas secas que el viento mueve con suavidad sobre la calle, ahora que ha pasado el vendaval. A mi lado —no enfrente, porque ambos hemos terminado apoyados contra la pared del fondo como muestra de lo que la desolación de esta noche puede hacer con dos hombres de voluntad quebrada— Vieytes no deja de hablar, y habla contra el acecho de mi indolencia; lo denota la forma en que mueve las manos para remarcar, cada tanto, las sílabas acentuadas de lo que dice. Vieytes afirma que no hay improvisación en el proyecto, y que desde hace meses trabaja para realizarlo. La idea no es extraordinaria, pero tampoco es sencilla, dice. Se trata de que todo el pueblo represente una obra de teatro con el propio pueblo como escenario. Una superposición del espacio ficticio con el espacio real durante veinticuatro horas. Teatro comunitario.

Le pregunto, pero sin dejar de observar al mozo, que comienza a dar vuelta las sillas y a ubicarlas sobre las mesas, si ya ha conseguido el pueblo que se preste a su proyecto. Vieytes mueve la cabeza de arriba abajo con energía varias veces y responde que sí. Dice que no ha sido fácil convencer a tanta gente, pero que Providencia es su pueblo natal, así que de alguna manera él conoce a muchos de los futuros actores, además de que Providencia ni siquiera es un pueblo, apenas si puede llamársele caserío.

Las palabras de Vieytes, o la declinación que Vieytes ha dado a las últimas palabras, o el ruido seco del vaso vacío contra la mesa, algo de todo esto atrae al mozo, lo anima a acercarse a decirnos que tiene que cerrar, que si lo disculpamos. Vieytes dice que sí y le promete que ya nos vamos, pero enseguida toma el cuello de la botella entre el pulgar y el índice de su mano izquierda y extiende el compromiso a que la siguiente cerveza es la última. El mozo accede sin ganas, y Vieytes continúa hablándome relajado. Dice que las historias de Providencia no son necesariamente las que me ha contado, y que si esas historias por último integran la trama de la

obra, no tienen por qué desarrollarse así. No son más que ideas. Una historia siempre puede tomar rumbos impredecibles, así que todo lo que él va a hacer con los actores es darles pautas de los personajes, situaciones iniciales, para que después la dinámica de la acción y la propia creatividad de la gente termine componiendo los hechos. Pide que imagine: el cartonero del pueblo presidente de la Sociedad Rural, el cura párroco convertido en jefe de la estación de trenes, la profesora de matemática dueña del cabaret. Va a ser como disparar los deseos de cada uno, los traumas, las miserias.

De pronto deja de hablar y se queda quieto, mirándome a los ojos. Enseguida, acercándose, buscando una intimidad que ya tenemos por ser los únicos clientes que quedamos en el bar, frente al mutismo que yo le opongo desde el lado de la ventana, dice:

—Te necesito para hacer el registro de los hechos. Vas a ir contando todo lo que suceda en el pueblo el día de la obra. Como actor, como un personaje más que escribe compulsivamente, que no para de escribir, un grafómano. ¿Aceptás?

El mozo vuelve con la cerveza y la deja ante el silencio que hay entre nosotros. Yo sigo la trayectoria de la botella sin interés, sólo por escapar de la asechanza de Vieytes. Digo que no.

Vieytes abre los brazos y apoya los codos en el respaldo de la silla. Su vientre, a mi mirada, cubre el rincón cercano a la estufa, donde el mozo ha empezado a barrer. Observa el ir y venir de la escoba y dos veces alza la vista hacia el hombre que amontona colillas de cigarrillo, papeles y un polvo de ceniza gris y escaso. Pero no dice nada, apenas si resopla molesto y toma su vaso para inclinarlo frente a la botella que sostengo casi con desdén, aguardándolo. Sólo minutos después, cuando ambos ya hemos encendido otro cigarrillo y vamos por el segundo vaso de cerveza, Vieytes se acomoda en la silla y comienza a decir que no le sorprende mi negativa, que los tipos como yo siempre terminan escribiendo encerrados, solos, como locos, porque no sirven para otra cosa. No hay más escritor que el escritor fracasado, el hombre fracasado que escribe para volver a fracasar, dice. Es así.

Habla fuerte, su voz lastimada por el cigarrillo y el alcohol se oye nítida sobre el silencio del bar, sobre los trozos de silencio que el chasquido de la escoba fracciona por debajo de la voz de Vieytes. Al fin acaba con la cerveza, se pone de pie y empieza a ponerse la campera. Su figura crece hacia abajo y es posible verlo, desde donde miro, como un cono azul que alguien hubiera puesto, de pronto, sobre la mesa. Tiene los hombros encogidos y el vientre prominente, que desproporciona el torso. La barba gris es demasiada base para la cabeza pequeña, de pelo corto, que hay más arriba. Tira un billete grande sobre la mesa y pregunta al mozo qué se debe. La cifra no coincide con el billete, pero eso parece no interesarle a Vieytes, que cuando es alcanzado por la voz del mozo ya camina hacia la puerta sin intención de girar y responder que el vuelto no le importa. Hago un gesto al hombre que aún no ha abandonado la escoba —pero un gesto que no es nada, ni disculpa ni saludo ni explicación de qué hacer con el dinero que hay a un lado de los vasos— y comienzo a seguir a Vieytes por entre las patas de las sillas que apuntan hacia el techo, hacia la sucia presencia de los ventiladores quietos.

Cuando salgo, ya se ha alejado unos metros a la izquierda de la puerta que, en el apuro, no cierro. Camina por el medio de la calle, de cara al viento. La luz bamboleante hace aun más grande la sombra que Vieytes arrastra sobre el asfalto y por un momento dudo si llamarlo o no. Pero al llegar a la esquina detiene la marcha bajo la luz y gira hacia mí con las manos en los bolsillos de la campera, con el leve, furtivo reflejo de los cristales por delante de su rostro, con su figura imponente compuesta en sombras sobre sí misma y humedecida por el rocío.

—En honor a la amistad que tuvimos, Gauna —me grita—, si querés hacer algo por mí todavía

estás a tiempo.

Nunca hemos sido amigos, sólo viejos conocidos; pero hay un dejo de ingenuidad, de ofrecimiento franco en su actitud, que me impide desmentir lo que está diciendo. Le ruego que se calme, que no se sienta así. Le digo que voy a considerar la propuesta.

—No hablo de eso —dice.

Casi a mi espalda se oye caer la cortina metálica del bar, que quita un poco más de luz a la vereda y a la inclemencia de la noche. Vieytes permanece unos metros por delante y desde allí me acerca una voz ahora más serena, conciliadora, para pedirme que lo acompañe al bar de la avenida San Martín, a pocas cuadras, donde una sola cerveza helada, la última, le alcanzará para decirme lo poco pero fundamental que aún falta que yo sepa acerca de su proyecto.

Mi nombre es Gauna (lo dijo Vieytes), y soy, lo que se dice, un escritor modesto. No tengo familia, vivo solo, y atravieso esa edad en que se descubre la conveniencia de ya no insistir en lo que se sabe que no se hará nunca. Por eso la agresión de Vieytes no me dolió esa noche, porque la verdad no ofende; pero sólo si se ha hecho de la frustración una certeza en el cuerpo esa verdad no ofende. Primera cosa, entonces: soy un fracasado. Segunda: Vieytes tenía razón. Tercera: nunca fui amigo de Vieytes.

Hace dos semanas, cuando todo lo que resta por contar ya comenzaba a perder relieves, a buscar esa forma apacible que suelen tener ciertos hechos en los pliegues de la memoria, pensé que tal vez dejar escrito lo que pasó fuera mi última oportunidad de entenderlo. Mi padre solía decir que los hombres no siempre estamos preparados para el momento que vivimos, y que de esas incomprensiones, de ese desajuste de la existencia surge una buena parte de lo que luego nos suceda.* Como sea, lo cierto es que me acordé de él cuando decidí escribir, y ahora que he comenzado a trabajar en esta habitación pequeña de los fondos de mi casa, donde me encierro por las mañanas y parte de la tarde frente a la máquina, me pregunto si no será mi actitud un modo de dar razón a los dichos de mi padre (y estas páginas que escribo un intento de alterar un destino que, a fuerza de certidumbre, inquieta).

Vieytes no aparece siquiera entre los conocidos de mi infancia, en Bolívar. Su figura pesada, aunque sin barba y sin anteojos, recién se incorpora a mis recuerdos en tiempos de la secundaria, cuando una tarde de los primeros años del colegio apareció enmarcado en la puerta del salón y nos echó una mirada soberbia que nos intimidó a todos. Los demás parecíamos los recién llegados, no él. Sin embargo, poco a poco fue integrándose al grupo y en unas semanas logró hacerse amigo (o socio) de algún marginal de la división, con el que salían juntos, por las siestas, a robar garrafas y bicicletas. Conmigo no tuvo una relación estrecha, e incluso las dos veces que intenté acercarme a él tomó una actitud displicente, como si mi presencia, mi persona, le molestara o no le interesara en absoluto. La primera fue para la final del campeonato intercolegial de fútbol, contra el Cervantes, en la que él jugó en la defensa y yo intenté armar el equipo desde el mediocampo. El día antes del partido, durante un entrenamiento en el estadio, me acerqué a decirle que convenía que él y yo nos entendiéramos un poco mejor para que la comunicación en la cancha fuera más natural. Vieytes me miró desde arriba como si hubiera ido a pedirle un autógrafo y dijo que yo me limitara a hacer lo que tenía que hacer, que él se ocupaba de que allá atrás no pasara nadie. La segunda fue cuando colocó una lamparita rota en el interior del piano en una clase de música, el piano comenzó a sonar con un fondo de platillos y al fin llegó la amenaza de amonestaciones colectivas si no aparecía el responsable. Esa vez le dije que contara con mi silencio, y otra vez me miró fijo, desde allá arriba, para preguntarme cuál era la novedad, que mejor que me callara si no quería aparecer tirado con el culo roto en la zanja del callejón del fondo.

Recién cuando el segundo año de nuestra precaria convivencia institucional iba terminando, en el país la dictadura ya estaba cómodamente instalada, el colegio tenía un nuevo rector, yo había

perdido a mi primera novia y Vieytes no paraba de pelearse en el patio con los matones de quinto, una tarde apareció en mi casa asustado, desconocido, con la noticia de que cuatro militares de civil se habían llevado a su padre en un auto blanco, sin patente, en un operativo rápido no hacía más de una hora. Nunca habíamos oído hablar de que Vieytes tuviera una madre (quiero decir: de que su madre viviera con él), ni tampoco de que tuviera hermanos, así que ese grandulón atemorizado que estaba inmóvil frente a mí en la puerta de calle y que aún conservaba en el rostro marcas de su última pelea, ahora también estaba solo. Por supuesto que fue inútil que mi madre intentara averiguar el paradero de su padre y que fuéramos dos veces al Regimiento de Caballería en busca de algún dato que nos orientara. En la comisaría no había registro, el intendente no sabía nada, el diario y las radios ignoraron el suceso y al fin el padre de Vieytes, desde aquel día, desapareció para siempre y sin dejar rastros de la violenta faz de la tierra.

En un principio Vieytes se quedó a vivir en casa. Nos acomodamos en la habitación de mi hermano mayor, fuimos y vinimos juntos todos los días al colegio y en la primera semana no dejó de despertarse por las noches alterado por las pesadillas. Una mañana que salimos a hacer las compras para que mi madre cocinara le pregunté por qué me había elegido para contarme, antes que a nadie, el secuestro de su padre. Dijo que lo había hecho sin pensarlo, que había sido un acto natural. Fue la única vez que pasó un brazo por mi hombro y caminamos así unos metros, como hermanos. Pero de inmediato dijo que se volvía a su casa; no quiso oír mis consejos, mis pedidos, y al fin un sábado de lluvia (era el verano) le ayudé a trasladar sus cosas para que iniciara, si lo deseaba, la tarea dura de recuperar los lugares que, pese a todo, seguían siendo suyos. Sobrevivió unos meses gracias a la caridad de los conocidos, y al año siguiente empezó las clases, pero al poco tiempo alguien lo vio —luego de emborracharse y jugar al truco hasta muy tarde en un bar de las afueras— subirse al tren que iba a Buenos Aires para desaparecer del pueblo y no volver.

Unos años después yo también me fui de Bolívar y me instalé en Buenos Aires; pero creo que ya antes, al poco tiempo de que se fuera, me había olvidado de que Vieytes existía. No volví a tener noticias suyas por treinta años, hasta que hace unos meses hallé su mensaje en el teléfono pidiéndome que le devolviera el llamado. Cuando oí la voz no pude reconocerla, por eso, hasta que su nombre surgió nítido, completo, en el auricular, no supe quién me hablaba (aunque la manera imperiosa de tratarme había comenzado a traerme resonancias de la adolescencia). Me dije que esa noche lo llamaría, a la vuelta del cine; sin embargo, poco después de la siesta, cuando recién salía de ducharme, Vieytes hizo sonar otra vez el teléfono de mi casa y me comunicó que nos encontrábamos esa noche a las once en el bar de Espinosa al mil quinientos, en alguna de las mesas del fondo, y que esperaba que, después de tantos años, alguno de los dos pudiera reconocer al otro.

Esa noche tuve tiempo de aburrirme en el cine, de pasear un poco por el frío de las calles, demorarme después en una librería desolada, y aun así arribé puntual, a las once, a la cita. Vieytes ya había llegado y en cuanto entré y lo vi de perfil pude identificarlo tras la barba y los anteojos: seguía sobresaliendo de cualquier silla que ocupara y conservaba esos modos de suficiencia que rozaban lo impertinente para quien no sintiera por él el mínimo afecto que hacía falta para tratarlo. Me gritó desde el fondo en cuanto cerré la puerta. Se había dado vuelta en la silla, levantaba las manos al techo en un abrazo a la distancia. Parecía contento. La gente lo miraba y seguía su saludo con la vista hasta que me veía caminando rápido, incómodo por un pasillo lateral que hacía más corto el trayecto al fondo.

Durante horas habló él solo. Afuera se desató un vendaval que quebró ramas, agitó carteles, arrasó las hojas, hizo buscar refugio a los desprevenidos, pasó, y Vieytes continuó hablando. Se

había convertido en un hombre de teatro y a duras penas sobrevivía tras su regreso de México, donde en los últimos años había adaptado y dirigido *Ensayo sobre la ceguera* y *Los demonios*, había protagonizado *El enfermo imaginario* y *El gallo de oro* y finalmente había dado clases en una escuela de teatro de Morelia. Ni por un instante cayó en recuerdos de la secundaria, ni de la desaparición de su padre, ni de la suya propia, ni siquiera de nada que hubiera hecho en la Argentina antes de irse al extranjero. Su vida parecía comenzar en México y ponía tanto empeño en lo que contaba que no me atreví a recordarle que si él y yo estábamos allí, en ese bar, era porque hacía treinta años nos habíamos cruzado, al parecer, en otro mundo. De mí no quiso preguntar ni saber nada, sólo dijo que le había alegrado enterarse de mis libros y que una vez había seguido mis intervenciones en una mesa sobre Sarmiento en un programa de televisión. Lo dijo como cierre al largo discurso sobre su vida. Después pidió otra cerveza y con el primer trago comenzó —ya de madrugada, cuando no quedaba casi nadie en el bar—, sin dar explicaciones, a contarme los relatos que de algún modo he resumido al comienzo de esta historia.

Así que luego de su propuesta de hacer teatro comunitario, de mi negativa, de su ofuscación, de su partida, de mi persecución y al fin de su pedido callejero de acompañarlo con la última cerveza en otra parte, lo que Vieytes me contó esa noche en el bar de la avenida San Martín —ya más tranquilo, hablándome despacio, recuperada al fin esa magnificencia y lentitud de movimientos que usaba para vincularse con el mundo— fue que todo su proyecto dependía, en una instancia última y decisiva, de que yo quisiera ayudarlo con un favor. Sacó del bolsillo del saco un pequeño papel celeste y lo extendió hacia mí, doblado.

—Si conseguís que estas dos personas, como sea, pero sin saber nada, lleguen a Providencia el día de la obra, te ganás el cielo —dijo.

El doblez del papelito (todavía lo conservo) aprisionaba, arriba, un número de teléfono, una dirección del barrio de Belgrano, la brevedad del nombre de la mujer que a Vieytes le interesaba y yo tenía que persuadir, “Laura”, y su apellido, “Cerri”. Luego había una raya horizontal desnivelada, de trazo rápido, y más abajo el nombre “Mario De Luca”, otro número de teléfono y una dirección que podía ser de San Telmo.

Le pregunté por qué yo, por qué me pedía a mí que fuera a verlos.

—Gauna —dijo entonces, molesto—. ¿Cómo podríamos hacer para que tus preguntas y mis respuestas se parezcan un poquito menos a las de hace treinta años?

Sentí que verdaderamente necesitaba ayuda. Guardé el papel en el bolsillo de la campera y le pregunté si podía nombrarlo para llegar más fácil a esa gente.

Sonrió un poco. Llamó al mozo y pidió que le cobrara. Se llevó un cigarrillo a la boca y lo encendió despacio, relajándose. Todavía había humo de la primera pitada en el aire de las palabras, en el tono cómplice, amistoso, con que —yo creo— me estaba agradeciendo que esta vez aceptara.

—Claro que podés, Gauna —dijo—. Preguntales por mí, si querés, si me recuerdan, pero hacé de cuenta de que hace mil años que yo estoy muerto.

Lo que De Luca recuerda de Vieytes tiene las propiedades del relato, los vacíos que todo relato genera en la propia historia que cuenta; por eso hay hechos que imagino: para acercarme a la verdad. Estamos en un bar de Parque Lezama. De Luca alude a unos años atrás y a Bolívar, y quiere hablar de aquella noche en que Vieytes y Laura Cerri volvieron a encontrarse; porque él sabe lo que pasó, dice, porque Vieytes estuvo con él hasta minutos antes de que encontrara a Laura caminando por el césped de la plaza, y porque el final de una historia siempre determina, direcciona, dice De Luca, toda la historia. Vieytes no tuvo tiempo de hacer otro recorrido que ir derecho por la avenida unas cuadras y empezar a cruzar en diagonal como quien va para el hotel, dice, y sigue. Hacía tres años que había terminado sus estudios de teatro y empezaba a creer que todo había sido una gran equivocación, un error que vio pasar a su lado durante cinco años sin conmoverse, dice De Luca que le confesó Vieytes una noche en un café después de una cena. ¿Vos le encontrás alguna relación?, pregunta De Luca, tose un poco. Digo que puede ser. Eso es lo malo, dice. Ahora vamos a buscar presagios en todo, vamos a querer meter todo el pasado de Vieytes de golpe adentro de su vida y no nos va a entrar. ¿No creés?

Le pregunto cómo fue que Vieytes encontró a Laura Cerri esa noche.

Caminando por entre los canteros, frente a la iglesia, de este lado del monumento a la Madre. Serían ya como las tres de la mañana y aún debía quedar gente dando vueltas en auto, la mayoría pendejos, dice De Luca. A Vieytes le divertía ver cómo los pendejos que él conocía de chicos se levantaban alguna minita, o se paseaban cancheros por la avenida. La vio caminar como si fuera a meterse entre las dos plantas de mora, desgana, como si le diera lo mismo ir para cualquier lado. Pero no le daba igual. Porque después que él se le acercó y se reconocieron y todo lo demás, ella le dijo que siempre cruzaba la plaza por ahí y que cada uno era dueño. Pero eso fue después. Cuando recién la vio, Vieytes se le acercó y se quedó parado, frente a ella, quieto en la mitad de la vereda, dice De Luca, y no supo qué decirle. Igual que antes, como siempre, dice que le dijo Vieytes. Fue ella la que cambió el rumbo y le sonrió primero. Lo llamó "Vieytes", como si lo hubiera visto el día anterior, y en realidad debían llevar como veinte años sin verse. Estaba más vieja, por supuesto, pero tenía la misma sonrisa abierta y la mirada ingenua de entonces. No estaba más gorda ni arrugada ni nada, sino más madura, el jean ajustado y la remera marcándole los pechos chicos pero lindos, dice De Luca que observó Vieytes, y afirma que en ese momento del relato Vieytes repitió "como antes" dos o tres veces.

¿Lo conocías de chico, de la infancia?, pregunto. A nuestro lado acaba de sentarse una pareja. Piden dos gaseosas, hacen bromas con el hombre que sirve.

De la primaria se conocían. Juntos habían pasado todas las de pendejos que pasa todo el mundo. Después, en la adolescencia, De Luca conoció a Laura trabajando en la casa de Vieytes, la recuerda clarito. Y se acuerda clarito que Vieytes y él iban a verla cuando lavaba en la pileta del patio, porque al agacharse se le veían las piernas hasta bien arriba, casi hasta la tela azul que ellos conocían por haberle hurgado los cajones en un día de franco. Se acuerda clarito de las primeras erecciones fuertes, incontenibles, y de los culposos homenajes en secreto que le hacían a

Laura. Y de la insistencia en negarlos, después. Un día Vieytes le contó que le había rozado las piernas y que ella no había dicho nada; pero los dos sabíamos que mentía, dice De Luca, era una manera de ayudarnos a reprimir las ganas, también. Laura Cerri en esa época tendría diecisiete, dieciocho años y era una de las pibas más buscadas de entonces. No solamente porque era linda, sino porque tenía un airecito de inocencia que atraía mucho y a nosotros nos hacía verla más cerca de nuestra edad, pero siempre inaccesible, siempre tratándonos como a nenes. Me acuerdo que Vieytes ya había cambiado la voz, pero yo ni eso, se ríe De Luca.

¿Tenía novio?

Un flaco melenudo la venía a buscar a veces, porque ella vivía en lo de Vieytes, dormía en el cuarto de servicio. Los fines de semana salían a los bailes de El Fortín o de Empleados, y se la llevaba en un Citroën viejo, caído de trompa, como si fuera una piba más, creíamos nosotros, dice De Luca, y sin embargo nos estaba llevando a Laura. Varias veces Vieytes y él siguieron el auto en bicicleta hasta los bailes o a dar vueltas por la avenida, del monumento a San Martín a la estación de trenes, y una vez, una noche, se animaron a meterse en el parque detrás del Citroën viejo. Pero estaba demasiado oscura la noche, y se tuvieron que volver imaginando cómo seguiría aquello. Ernesto, se llamaba, creo que era mecánico, dice De Luca. De golpe, un día, Ernesto no apareció más. Laura como si nada. Dice que no cree que ella fuera una mujer sentimental. Por eso la relación de Vieytes con Laura tiene algo de esas cosas que uno debe pensar varias veces, dice, si uno quiere que se amolde a algún esquema ordinario. Sin embargo hubo un momento muy estrecho de la relación entre ellos. Fue al poco tiempo de desaparecer el melenudo. Vieytes no soportó más aquella situación y la encaró en la pieza, una siesta en la que todos dormían. Vieytes dijo que él estaba en el patio y que ella se había cambiado la blusa frente a la ventana, dice De Luca, justito para que él la viera. De espaldas, se cambió. Se subió primero la blusa estampada para que él pudiera ver de golpe toda esa piel ahí enfrente suyo, después el pelo que le cayó sobre los hombros, y enseguida la otra blusa, dice De Luca que contó Vieytes. Demasiado. Vieytes dejó todo y se arrimó a la ventana, pero fue peor que si hubiera estado cerrada, porque Laura lo llamó “nene” enseguida, y le preguntó qué le pasaba. Y él mudo, quieto, desconcertado. Entonces Laura medio que sonrío un poco y se recuesta sobre la cama, el pelo suelto, las piernas al aire. Vieytes salta la ventana y la encara. Ahí los gritos, dice De Luca, y la cachetada ésa que no iba a olvidarse nunca, pobre Vieytes, y después salir humillado, pendejo caliente, andate nene, otra vez al sol del patio.

Me tiro atrás en la silla, saco cigarrillos y convido. Echamos humo. De Luca se rasca la cabeza. Pregunto otra vez por esa noche.

Vieytes le dio un largo beso en la mejilla, dice De Luca, sin atreverse a preguntar qué hacía a esa hora en la plaza; pero enseguida Laura lo invitó a caminar. Tomaron whisky en la confitería del hotel, que ya estaba casi vacía, y fumaron mucho, cigarrillos que Vieytes le convidaba, porque ella no tenía. Vieytes fumaba negros, desde siempre, desde los primeros que De Luca recuerde. Seguro que hablaron del tiempo de antes, dice, no haberlo hecho hubiera sido como si vos y yo, ahora, no habláramos de ellos, dice De Luca.

Vieytes hace girar el hielo en el vaso. Están sentados contra la vidriera, cerca de los baños. Desde afuera se los puede ver como una pareja de novios que se miran cautivados. Vieytes casi no quita la mirada de los ojos de Laura y deja fluir las palabras como si la intención fuera amontonarlas del otro lado de la mesa. Laura está serena y deja hacer, saca otro cigarrillo,

acompaña a Vieytes en algún recuerdo y responde repetidamente que sí, que se acuerda.

—Y sin embargo quedaron pocas fotos de entonces —dice Vieytes—. Yo me acuerdo de esa en la que estás sentada en el banco del patio con nosotros. Debe ser de cuando recién llegaste porque tenés cara de tímida, estás muy seria.

Laura sonríe, empina el vaso con lentitud, hace crujir el resto del hielo entre los dientes.

—Yo también la tengo, me dieron una. El otro día revisando papeles la encontré y me acordé de vos. Nunca imaginé que íbamos a estar acá esta noche.

—Uno nunca es dueño de nada, ni siquiera de hacer lo que quiere —lo dice serio. Habla de la desorientación y de ese sentir que la cosa siempre va por otro camino, por el que se dejó de lado.

—¿Te casaste? —lo asalta ella, de pronto.

Vieytes dice que no como si rechazara un cigarrillo y continúa pensando casi en voz alta, analizando la situación a medida que habla. Avanza y retrocede. Repite, se desdice. Afirma algo, concluyente, y enseguida ya no está tan seguro.

—¿Y vos? —pregunta, queriendo anclar el diálogo.

Del cuello de Laura cae una cadena fina y muy larga y de ella una medalla octogonal, de plata. Laura la toma entre los dedos para responder, como si fuera leyendo en la medalla lo que dice.

—Lo normal —dice—. Me casé, me separé.

—¿Y el melenudo?

Ella no recuerda, Vieytes insiste: el del Citroën, el que la llevaba a los bailes.

—¿Ernesto? —con la mano aleja de un movimiento todo aquello—. Nunca más nos vimos. Creo que está en Bahía con un taller. Le debe ir bien.

—Tipo envidiado, el melenudo.

Se ríen. El mozo anda cerca de ellos corriendo las cortinas de las vidrieras. Se oyen voces atrás de la barra y alguien que se despide hasta mañana. Vieytes llama al mozo y paga.

—¿Cómo te acordás de él? —pregunta Laura, ya de pie.

Vieytes la mira, le abre la puerta, no dice nada. Salen.

Se ha levantado una brisa fresca que hace que Laura se detenga a ponerse una camperita de lana. Vieytes la ayuda. Hasta donde termina la calle, varias cuadras más adelante, es posible no ver a nadie. Laura vive al final de esa calle, en el Barrio Nuevo, y dice que le gusta eso de vivir casi ya en el campo, con todo ese verde, es tranquilo. En Buenos Aires se ha saturado de cemento, tanta dureza y gris le ha hecho comprender que ella es de acá, y ha vuelto.

—No sabía que te hubieras ido —dice Vieytes.

Ella cuenta la partida, hace años, con una familia de la Capital. Vivía en Belgrano, un departamento con habitación de servicio para ella sola. Estaba bien, pero extrañaba.

—Pudimos habernos cruzado. Por ahí no nos conocíamos.

—No te imagino allá —dice Laura.

Por primera vez ella lo toma del brazo. Él alcanza a abrazarla, brevemente, y enseguida se separan como dos chicos: uno casi por el cordón de la vereda, detrás de la hilera de plantas, el otro pegado a la pared, como si lloviera.

—Me acuerdo que una vez me dijiste que te ibas a ir a Buenos Aires a estudiar. Me lo decías para impresionarme, me parece —dice Laura mirándolo desde las sombras—. En cambio yo nunca hablaba de mí en el futuro. ¿Te dabas cuenta de eso? Yo me terminaba ahí nomás, lavándote la ropa, cocinando para ustedes.

—¿Qué edad tenías cuando te fuiste?

—Casi veinte.

Vieytes saca la cuenta.

—Cumpló cuarenta el diez —se adelanta ella.

—El diez, es cierto. Siempre lo festejábamos en la quinta.

Han hecho varias cuadras desde que salieron de la confitería. Laura ha plegado la bolsa de plástico y la aprieta entre las manos. La camperita de lana azul le cae suavemente sobre el jean mientras camina. Vieytes ha regresado al centro de la vereda y ha vuelto a encender un cigarrillo. La brisa destruye rápido la forma del humo. Caminan en silencio y cuando se acercan a la plaza del extremo del pueblo ella dice que ahí es su casa, y señala la esquina.

—Cuando quieras pasá. ¿Cuándo te vas?

Vieytes se encoge de hombros. No sabe. Depende. Ya pasará. Laura se acerca y lo besa. Él quiere decir algo más pero ella lo interrumpe diciéndole que se alegra de haberlo encontrado.

—Éstas son las cosas que de pronto a una la llevan a otro lugar, como si volara —dice.

Vieytes va a preguntar qué lugar, qué cosas, pero Laura saca la llave de su casa y desde la puerta le envía un beso. Le sonríe, va desapareciendo en la oscuridad.

La familia de Vieytes era común, como cualquiera de aquella época en un pueblo como Bolívar, dice De Luca. El padre trabajaba en un escritorio de hacienda, era más o menos jefe y la madre era directora de una escuela de campo. Vieytes era único hijo y siempre necesitó tener un amigo cerca. Ese amigo fue él, De Luca, dice. Una vez Vieytes le preguntó si tener un hermano era algo así como la amistad entre ellos, y De Luca no supo qué decir. ¿Cómo le iba a definir yo de tan pendejo lo que era un hermano?, dice ahora. De lo que sí está seguro es de que Vieytes tuvo una buena infancia, nunca le faltó nada y tuvo mucha gente que lo quiso. Por eso él a veces piensa que no se puede andar haciendo así al voleo esas interpretaciones psicologistas. Confunden las cosas. La historia de Vieytes es clara. Las circunstancias, los hechos son imprecisos; pero la historia, la persona de Vieytes es transparente, dice. Y ahí está lo incomprensible.

De Luca usa un bigote grande que le cubre parte del labio superior. Es un tipo macizo. Cuando habla alza permanentemente las cejas como si fuera insólito lo que está diciendo. Su voz es grave, no se apresura a usar las palabras. Le pregunto si se acuerda de las experiencias sexuales de Vieytes. ¿Debutó enseguida?

Ni de los primeros ni de los últimos de la barra. Pero Vieytes era siempre así en todo, dice. En el equipo de fútbol nunca fue de los imprescindibles, pero si él no jugaba se notaba. Con las mujeres debutó con una morochita después de un baile de carnaval, o por lo menos eso fue lo que dijo. Es decir, tuvo una adolescencia normal: noviecitas, fatos. Nada del otro mundo, pero yo creo que la pasó bien, dice De Luca. La última vez le contó que salía con una mujer de Buenos Aires, una piba que trabajaba en un banco, bastante más chica que él, dice De Luca, no sé si pasaba los veinte. Le habló de ella mientras caminaban por la avenida, esa misma noche que después encontró a Laura. Vieytes había querido traerla para que su madre la conociera.

¿Su madre?, pregunto. No sabía que viviera.

Justamente a verla fue Vieytes a Bolívar, dice De Luca. La viejita vivía por el lado del parque, en una casita que compraron cuando vendieron la casa natal de Vieytes. Pero la piba no pudo venir por razones de trabajo, y aparte le parecía todo muy prematuro, recuerda De Luca que le dijo Vieytes. Yo creo que en realidad el pobre estaba más entusiasmado que ella. A lo mejor la edad,

dice y termina el tercer whisky de la noche. No podía recordar ningún dato de ella más que su trabajo en un banco de Caballito, pero ni siquiera el nombre podía asegurar. ¿Luciana? ¿Adriana? Él no sabía que esa era una de las últimas veces que hablaría con Vieytes, ¿cómo iba a saberlo?, así que no puso demasiada atención en recordar los nombres. De lo que sí se acuerda es que al día siguiente de que encontrara a Laura, Vieytes apareció en su casa a la tarde, después de la siesta, y que a decir verdad él no lo notó extraño. Vieytes trajo facturas y tomaron mate en el patio, bajo la enredadera. Podía tomarse pavas enteras, dice De Luca, uno nunca terminaba de cebarle. Le habló mucho de Laura Cerri y estuvieron recordándola juntos. Fue como si de pronto él hubiese rescatado algo perdido; yo, la verdad, la había olvidado completamente, dice De Luca. A lo mejor Vieytes también, dice después, porque estaba como un chico que encuentra un juguete viejo en el galpón del fondo. Entonces fue cuando, recordando viejos tiempos, Vieytes le dijo que quería visitar su casa de la infancia, y preguntó de quién era ahora. Yo le dije lo que sabía, dice De Luca, que no tenía noticias de que se hubiera vendido a otro y que para mí estaba desocupada. Yo pasaba de vez en cuando y jamás la veía abierta. Una de las ventanas tenía un postigo caído, estaba despintada, difícil que la habitara alguien. Vieytes se entusiasmó como un chico, dice De Luca. Le pidió que lo acompañara a verla. De Luca le dijo que no iba a ver nada más que abandono, pero él insistió en que quería verla por dentro, recorrer las habitaciones, el patio, la cocina. Yo creo que Vieytes me estaba invitando a que saltáramos otra vez ese tapial que habíamos saltado tantas veces de chicos, dice De Luca. Yo creo que eso era lo que más le entusiasmaba.

Se queda callado. No digo nada. En los parlantes del bar se acaba una canción y empieza otra. Dos silencios superpuestos. Pido dos whiskys más al hombre de la barra.

Y yo no lo acompañé, carajo, dice enseguida. Le dije que lo dejáramos para otro día; total, él se quedaba hasta mediados de enero. Esa noche volvió a lo de Laura.

Vieytes está apoyado en el marco de la puerta de la cocina y mira cómo Laura le prepara un café. Tiene la ropa mojada, los pantalones se oscurecen de la rodilla hacia abajo y se ha quitado la camisa, que Laura ha colgado cerca del fuego.

—Quién iba a decir, esta lluvia —dice ella—. Vamos al living.

Hay una lámpara en un rincón. Hay tres sillones y una mesita. Laura enciende el equipo de música y suena un saxo asordinado.

—Me gustaría traer la foto y mirarte. Estás igual —dice él.

—Sin embargo nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos —sonríe Laura—. ¿Has visto la casa?

—Quiero verla.

—A veces paso. Para las elecciones le pintaron el tapial los peronistas. Yo me acordaba de tu padre, pobre.

—Está deshabitada —dice Vieytes, pero busca confirmación.

—La compró una gente del campo que no viene nunca. Creo que la tienen de galpón, fijate. Tan linda que era. Una sola vez encontré el portón abierto y alcancé a ver la piecita donde dormía yo, ahí frente al patio. Pero hay yuyos altos, hay paredes destruidas.

—Dicen que las paredes tienen una curva de destrucción a través del tiempo —dice Vieytes—. Si uno quiere puede dibujar su decadencia en ellas mismas.

—Terrible. Podés dibujar la muerte —dice ella.

—La trayectoria de la vida —corrige Vieytes.

La lluvia irrumpe, otra vez, y la luz se atenúa, titila. Enseguida todo vuelve a ser normal.

—De chico tenías una obsesión con la muerte. Alguna vez alguien te lo dijo y te enojaste, me acuerdo.

—Ahora no es distinto. Con el tiempo todos nos vamos convirtiendo en animales previsibles.

—Hay gente que siempre sabe lo que va a hacer, es cierto.

—Sí —dice Vieytes—. Como vos y yo ahora, por ejemplo.

Laura lo mira seria. Está quieta.

—No entiendo —dice.

—Sabías que venía. ¿Tenés miedo?

Están sentados uno frente al otro y la lámpara que hay detrás de Vieytes proyecta su sombra sobre ella. Laura rompe la quietud cuando saca un cigarrillo del atado, pero no lo enciende, sino que lo hace girar entre los dedos. Va a preguntar algo.

—No lo hagas —dice él, en otro tono—. No arruines esto.

Laura se echa hacia atrás en el sillón. Está seria. Primero deja las manos sobre las rodillas, después las quita, después entrecruza los dedos sobre la falda.

—Lo primero es apagar la música —dice Vieytes—. No se puede desperdiciar la lluvia.

Se levanta y apaga la música. Se queda parado tras del sillón y estira el brazo hacia la lámpara.

—No, por favor —dice Laura.

Pero Vieytes apaga la luz. Queda una leve penumbra de algo encendido en otro lado. Ambos se ven como dos sombras apenas más oscuras que el entorno negro. Vieytes puede percibir que Laura se ha desplazado un poco sobre el sillón, pero es imposible saber qué ha hecho.

—Ahora el único lugar que hemos dejado al tiempo son las voces —dice Vieytes—. A ver, decime algo, Laura. Decime, por ejemplo, “pendejo caliente”.

—Estás loco.

—Eso no sirve, no tiene sentido. Tienen que ser palabras de antes, de las que pueden encerrar veinte años de tu vida y de la mía.

Laura no dice nada. Oye que Vieytes camina hacia ella. Cuando le vuelve a hablar está mucho más cerca. Su voz viene de abajo, como si estuviera arrodillado.

—Quiero que empieces por sacarte la blusa, pero muy despacio.

Los ojos comienzan a distinguir siluetas indefinidas hechas en grises distintos. Vieytes ve una parte del aparador y lo que parecen ser dos cuadros en la pared. De Laura apenas distingue los movimientos.

—Quiero que te sueltes el pelo.

Respiran el aroma ácido y meloso de los pocillos de café. Desde la vereda llega el ruido del viento entre los tilos.

—Y la pollera.

Entonces trata de acercarse como si observara algo, pero no ve.

—¿No me vas a decir nada? —pregunta.

Sus manos encuentran las piernas, suben, acarician los muslos desnudos, en las caderas palpan una tela mínima y moldean la oscuridad hacia arriba, hasta los pechos fríos, los hombros y la cara. Laura tiene la cabeza echada atrás y la boca apenas abierta. Vieytes acaricia la nuca y luego deja que los dedos recorran los labios hasta los dientes. Laura muerde con suavidad y se mueve en el sillón. Las manos de Vieytes vuelven hacia abajo, desandan el

cuerpo y acarician las piernas, que ahora están cruzadas. Las besa.

—Estás loco —dice ella—. Pero acá no podemos. Tenemos un solo lugar donde hacer esto.

Vieytes quiere ver sus ojos. Pregunta dónde.

—En tu casa —dice ella.

Vieytes dice que es imposible.

—No estás buscando otra cosa que eso, mi amor. Tendrías que saberlo —dice ella.

De Luca sólo recuerda de Laura Cerri una vaga imagen de rostro alargado, el pelo cayendo a ambos lados, pelo negro, lacio, dice. Una mujer común, de las que habrás visto miles. Nadie puede guardar para siempre un rostro como aquel en la memoria porque con el tiempo termina por desdibujarse entre los otros, termina siendo el de alguien que nunca conociste, pero vos no te enterás nunca, dice.

Vieytes dobla en la esquina de la que fue su casa y sabe qué tipo de vereda viene, pero opta por la calle. Está oscuro y son más de las once de la noche. La cita era a las diez, por eso va apurado. Hay toda una hilera de plátanos negros que flanquean su caminar. Hay el pavimento roto en las uniones de brea, hay ladridos de perros y una lámpara de alumbrado que echa luz sobre la esquina siguiente. Vieytes observa sus sombras y traspone el punto en que la de atrás y la de adelante muestran la misma intensidad. Demasiado marcadas las aristas, exagerados los huecos, pero lo que puede ver es la casa que fue suya, que tiene la puerta entornada. No valdrá la pena explicar la demora. Saca las manos de los bolsillos y desecha la idea de recurrir a un cigarrillo. Entra.

Lo primero es un olor a humedad y algo como un frío de otro tiempo, imprevisto, y luego la sensación de haber penetrado lo infranqueable. Ahora, ahí nomás, a unos pasos tiene que estar la puerta de la cocina. La mano derecha de Vieytes tantea y encuentra una pared fría que se acaba de golpear y está el vacío: es la abertura. Recuerda que el piso de la cocina estaba en parte hundido por un problema en las cañerías, y hasta le parece que su pie ha detectado algo como un leve declive, pero bien puede ser la sugestión por haberlo recordado. Por primera vez pronuncia el nombre de Laura y oye su propia voz deshaciéndose en la noche. Se le ocurre usar el encendedor. Ahora alcanza a entrever paredes desconocidas. Avanza y tropieza, tal vez, con tarros de pintura. La llama se mueve y quema, y el encendedor está cayendo. Vieytes cree que lo ha pateado, pero igual se agacha. Siente un mareo y en ese instante sabe que nunca va a encontrarlo. Dice “Laura”, otra vez, pero otra vez nadie responde. En el piso helado y sucio no hay otra cosa más que polvo y piedritas. Tantea arrodillado, pero es inútil. Se incorpora y sigue caminando a oscuras. Se le ocurre que esa elevación que acaba de pisar tal vez sea un poco de mezcla, lo que se correspondería con el olor a revoque fresco que le pareció sentir en cuanto entró en la cocina. Su mano derecha deja de tocar la suavidad sucia de los azulejos y acaricia algo como estriás. Si no ha calculado mal, ahora debe estar parado exactamente donde en otro tiempo hubo un aparador verde claro y a unos pocos pasos del rincón de la heladera. Pero enseguida Vieytes se desmiente cuando no halla ningún rincón, lo que le dice que está mucho más atrás de lo pensado y que tiene que tener en cuenta que con la oscuridad las dimensiones se alteran. Vuelve a detenerse y se apoya por un momento en la pared. Grita el nombre de Laura. Piensa: a unos siete pasos a la izquierda tiene que estar la puerta de salida al pasillo, a

poco más de un metro de la puerta gris que lleve a la habitación de sus padres. Debe ser un borde de madera lo que ha trabado su pie, y si eso que ha tocado es un borde de madera, ésa no es la puerta de la habitación sino la del comedor amplio y quebrado que entonces albergaba grandes muebles de cuero oscuro. Vieytes recuerda que ahí no más tiene que estar la puerta gris con mucho vidrio, y si eso es el comedor, caminando derecho hacia adelante tiene que estar el paliercito que lleve a lo que era su cuarto. Pero camina unos pocos pasos y al extender los brazos no logra tocar nada, y reconoce el error. Es posible que se haya desviado y haya recorrido una curva, con lo cual tendría que estar muy cerca de la arcada que lo lleve al escritorio. Sabe que está agitado porque las cosas no son como deberían ser ni están donde tendrían que estar, porque han modificado la casa y se ha complicado esto de recorrerla ahora con una idea de entonces. Piensa en las reformas que se le hubieran podido hacer mientras sus manos tantean en el vacío la realidad incomprensible que lo devuelve al laberinto. Se agita. Algo agrade, desde el frío, su rostro helado, y lo que ahora siente es un ardor que quema porque tiene la cara herida y parece estar sangrando. Pero quiere correr pese a los riesgos. Corre, se golpea, vuelve a correr y cae. Corre, choca, cae y vuelve a correr hacia no sabe dónde, pero ahora sí hay espacio vacío. Corre como si el ruido de sus pasos fuera abriendo las puertas necesarias para la huida, corre hasta que algo frío lacera su costado y enseguida el dolor es quemante. Camina un poco, más lento, apretándose la herida bajo la ropa con los dedos mojados por la sangre, y percibe el aire distinto de la posible cercanía del patio. Pero no hay luces. Todo es tan oscuro como al principio de todo, sólo hay de nuevo la sensación de no estar viendo lo que, en realidad, no hay para ver ante sus ojos, nada sino las raras figuras que cruzan ante su vista como flotando en un líquido espeso, y que hacen pensar que el mareo y el extravío avanzan. Al fin se apoya en una pared que no sabe de dónde es pero que lo sostiene. Está agotado, mareado, y cree que así no hay forma de hallar una salida. Ya no grita, apenas dice el nombre de Laura. Se deja ganar por la derrota y siente que va a desplomarse. Antes cae en la cuenta de que está cerrando, a su pesar, los ojos, y sabe que lo que vendrá no será el suceso de un desmayo sino el final de todo. El frío de la pared le está atravesando la ropa por la espalda, o él recorre, hacia abajo, con la espalda, el amplio frío de la pared. Ya no hay causas ni efectos en lo que sucede y todo lo que hay en su mente es la duplicación de la oscuridad que lo rodea. Ahora el frío, también. Está pensando en el frío. Siente que se disuelve en el entorno, que lo integra, que desaparece. Sabe que va a morir. Está muriendo, y lo último que sabe es que en alguien como él ese momento, la muerte, no puede ser más que algo que no importa, la forma de un engaño que lo lleve a zonas verdaderas, la puerta que busca, la verdadera zona de la puerta del engaño.

¿Te sirve?, pregunta De Luca. Va echando en el cenicero los papelitos que hay sobre la mesa, arrastra con la palma de la mano la ceniza de los cigarrillos y la vuelca luego entre los papelitos. No hay mucho más para decir de Vieytes, dice. Yo creo que está muerto. Toda su vida es como el rostro de Laura, tan común que no aguanta mucho tiempo en la memoria. Son vidas que terminan desdibujándose entre las vidas de otros. Con Vieytes pasa eso, Gauna, llega un día que ya ni sabés si realmente lo conociste. ¿Vamos?

Hay referencias previas. *Moebius*, sin ir más lejos, o *Manuscrito hallado en un bolsillo*. Pero el caso es que siempre hay historias subterráneas, porque lo subterráneo, de por sí, supone una trama propia. Lo curioso es que el encuentro con Laura Cerri sucede en la superficie, en un bar de Cabildo (de noche: primer detalle que unifica los dos mundos en una sola naturaleza oscura), o habría que decir: en un bar que contiene la historia de un intruso que es apenas pasajero. Yo soy el intruso devenido en pasajero. El viaje original, subterráneo y permanente por lo oscuro, como ella dice, es de Laura Cerri. Yo viajé por unos días en la vida de esa mujer, que viajó en la vida de Vieytes. Ella, tal vez, ahora no recuerde ni mi nombre.

Puedo contarlo así: La mujer me está mirando pero no a los ojos, o sí, pero a través del espejo de una de las paredes del bar. Depende de mí que por momentos yo enfrente su mirada y por momentos observe su perfil y sus gestos, como si ella le hablara a otra persona. Desde que empezamos el diálogo está haciendo eso, y ahora, al fin, al cabo de varios minutos, ha logrado crear en mí esa incomodidad que sugiere que yo no estoy, que apenas soy el reflejo, el escucha virtual que ella necesita para hablar de sí consigo misma. Sostiene un vaso de whisky en la mano derecha y desliza el índice de la izquierda por el borde del vaso en círculos que no terminan y se repiten y se suman unos a otros, como si en la fina y cerrada línea de vidrio dibujaran el desvarío, el embeleso de la propia mujer que bebe. Sin embargo, no hay displicencia en la voz que arroja al aire del bar, a las inmediaciones de las mesas desiertas que nos rodean, sino lo contrario: una amabilidad un poco artificiosa que hasta le ha impedido, hace un rato, preguntarme para qué quiero verla, y apenas le permitió indagar si yo era periodista, como si tras esa voz hubiera —pero oculta, en algún registro que no he podido desentrañar todavía— una mujer acostumbrada al interés de las otras personas por conocerla.

Laura Cerri ha sido hermosa. Aún ahora es posible descifrar belleza en los cuidados gestos de sus manos, o en esas miradas furtivas que cada tanto abandonan el espejo, a mí, para recorrer con morosidad los posibles orígenes de algún movimiento o ruido leve —en el vaso, en el jarrón con hojas secas que hay por detrás de ella, en alguna otra parte del bar que no conozco— con los que la oscura escena que componemos parece alterar su quietud. Hay poca luz en el ambiente, y todo lo que alumbra es una lámpara de pie que se encuentra a la entrada y que apenas hace llegar la débil claridad hasta nosotros. Pero no importa, puedo ver a la mujer construyendo su encanto en penumbras. Es como un doble vislumbre de seducción que me acecha y me ofrece el riesgo desde la silla y el espejo.

Pero lo verdaderamente oscuro, lo incógnito, lo subterráneo, viene a mí en lo que cuenta. Habla de su vida como si no le perteneciera o, al contrario, como si de tan propia su historia ya no le significara nada. No deja lugar al signo en lo que dice. A cada palabra Laura le adhiere el cuerpo, su cuerpo, la presencia real de nuestros cuerpos. Las palabras no hablan de otra cosa más que de sí mismas. La historia que van contando queda fuera de Laura.

Cuentan, refieren, las palabras, a un barrio marginal de un pueblo de calles de tierra, en un tiempo pasado y en una geografía para mí desconocida. La niña —la mujer que años después

(ahora) estará frente a mí en un bar de la avenida Cabildo, en Buenos Aires, observando mi figura en el espejo de la pared y hablándome como si yo no le hiciera falta para hablar— lleva en el rostro la gravedad del gesto con el que quiere enfrentar la hostilidad del mundo que la rodea. Ese gesto, *este* gesto, dice Laura, ahora, en el bar, frente a mí, frente a mi reflejo, no se borró nunca de mi cara, es la parte más visible de la infancia que aún llevo puesta en el cuerpo. ¿Sabés lo que es ir a trabajar a los trece?, me pregunta, ¿que a los trece empieces a juntar los olores de los cuerpos de los hombres en el tuyo?, me pregunta y aguarda, quieta, la respuesta que no puedo darle. Prefiero cambiar de tema, no quiero que vaya tan atrás en el recuerdo como para que luego, cuando quiera hablar de Vieytes, la evocación del período que me interesa quede diluida en los pormenores de una vida entera. Pero Laura necesita decirme quién es ella, de dónde viene, necesita contarse, primero, para que yo entienda lo que quizás vaya a contarme, después, de Vieytes. Así que se extiende en su adolescencia ominosa por un rato, y me conmueve, me enmudece al punto que maldigo el momento en que le pedí que me hablara de ella antes de hablarme de Vieytes. Hasta que acaba el whisky de un trago y ya un poco borracha sonrío de pronto como si el mal trago (el otro, el de recordar la infancia) fuera cosa del pasado. Ahora sí vas a entender, Gauna, dice, por qué acepté el trabajo con cama adentro en la casa del padre del Vieytes que te interesa. Y cuenta.

Dice que en un tiempo ella trabajó en la casa de Vieytes, en Bolívar, cuando chico, cuando Vieytes, el que me interesa, era casi un chico, dice. Diecisiete años tenía ella cuando entró en esa casa, pero no vaya a creer yo que la poca edad pudo impedirle saber dónde se estaba metiendo. Vieytes padre, dice Laura, me daba ese trato que dan los tipos de su calaña cuando quieren acostarse, cuando se calientan, con una pendeja. Me ofreció una piecita del fondo, con ventana al patio, para que viviera, y al principio todo tuvo un desarrollo normal. Yo limpiaba, hacía las compras, cocinaba, me ocupaba en parte de Vieytes hijo, y él me daba dónde vivir, la comida y unos pesos, pocos, para mis gastos. Vieytes padre escuchaba tangos, muchos, de cualquier época, y tenía tantos discos que, sin orden, no sólo llenaban dos muebles de la sala principal sino que ahora los más nuevos también habían comenzado a amontonarse sobre la mesa de la sala. Pero en realidad Vieytes padre pasaba mucho tiempo fuera de la casa y en esos días, además, estaba más dedicado a la política que a comprar y vender hacienda, que era su trabajo. El orden de su vida era: política, tangos, vacas. En unos meses Cámpora iba a ganar las elecciones y el General volvería al poder, dice Laura que decía Vieytes padre a cada rato. Lo decía en las reuniones de amigos que hacían en la casa, me lo decía a mí, se lo decía a todo el mundo, y cuando hablaba se agitaba como si en esos comicios se le estuviera yendo la vida. En una de las habitaciones, cuenta Laura, guardaban todo lo que tuviera que ver con la política: panfletos, revistas, la bandera de Montoneros, fotos, archivos y fichas de afiliación. Pero cerca de la ventana, en una repisa, entre dos vidrios que la separaban de la humedad, del calor, el hombre atesoraba su reliquia más valiosa: una carta del general Perón dirigida a él, a Vieytes padre, diez años atrás, en la que lo llamaba «querido compañero» y en la que le escribía con una naturalidad y una confianza que hacían suponer un gran afecto del General hacia él. Pero de ninguna manera eso era cierto, dice Laura. Por lo que sé, el viejo Vieytes y Perón jamás se vieron en la vida y esa carta, en realidad, era producto del desencuentro del General con un dirigente del movimiento que era de Trenque Lauquen, y con el que sí quería, de veras, comunicarse. Como Perón, dice Laura, estaba exiliado, no podía hacerlo directamente, entonces usaba a Vieytes padre como nexo. De hecho, dice, todo lo que Perón expresaba en la carta era un pedido a Vieytes para que fuera hasta Trenque Lauquen y entregara esa nota en manos del dirigente, que él, el dirigente, ya iba a saber qué era lo que tenía

que hacer. Pero Vieytes padre no viajó nunca, dice Laura, porque prefirió desobedecer al General antes que perder para siempre esa carta. El sobre, sin embargo, dice Laura, era un sobre común, de los de aquella época, forrado en papel azul. No vino por correo, lo trajo un hombre de paso por el pueblo. Desde entonces Vieytes padre guardó esa carta como un tesoro. Pero si lo pensás bien, dice Laura, ahora, echándose atrás en la silla del bar, recogiendo el pelo tras la nuca con ambas manos, los ojos fijos en los ojos míos que ella ve en el espejo, lo más probable es que la firma del general fuera una firma falsa, ¿no?, y que a Vieytes, el viejo, el padre del Vieytes que te interesa, lo estuvieran utilizando los muchachos de la Resistencia para vaya a saber qué cosa. ¿Por qué iba a tomarse Perón la molestia de escribirle, desde el exilio, a un dirigente de un pueblo de provincia si eso podía hacerlo cualquiera de los delegados que tenía acá en la Argentina? Pero Vieytes padre tenía esas cosas, Gauna, dice Laura, en muchos sentidos era un viejo demasiado ingenuo, dice, y jodido.

El mozo ha retirado el vaso de Laura, ha vuelto a servir whisky en algún lugar que no veo, por detrás de mí, y ha regresado con el vaso lleno hasta la mitad para dejarlo frente a la mujer, que ahora sí ignora el espejo y le agradece al mozo con una sonrisa que me sugiere que el mozo y ella se conocen.

En cuanto volvemos a estar solos, Laura dice al espejo, a mí, luego de un trago, que Vieytes iba creciendo huérfano de madre y casi de padre, en medio del desamparo; porque los horizontes del mundo de Vieytes padre sólo eran la política, el tango y los negocios con hacienda. Nunca se interesó realmente por su hijo, dice, nunca se llevó bien con Vieytes y en cuanto Vieytes tuvo la edad para enfrentarlo, enfrentó al padre en lo que pudo. Con ella, en cambio, Vieytes hablaba mucho, compartía sus cosas como con nadie. De hecho, dice Laura, él también era la única persona con la que yo hablaba, porque yo no salía nunca de la casa salvo para hacer las compras y algún que otro trámite sin importancia que Vieytes padre me encargaba. Todo el mundo, salvo los vecinos del barrio, creía que los dos Vieytes vivían solos en el caserón de la calle Güemes. Y en realidad los dos estaban solos, sí, dice Laura, pero vivían una soledad en paralelo. Y en el medio, también sola, estaba yo, dice.

Tiempo después Vieytes comenzó a vender discos de su padre en un boliche de tangos que había en una esquina cerca de las vías, en el barrio sur del pueblo. No le pagaban gran cosa, dice Laura, pero Vieytes podía hacerse del dinero que empezaba a necesitar para los gastos de la edad. Empezó con los discos, pero una tarde alguien que estaba en el boliche lo llamó aparte, le pidió que se sentara con él a la mesa, le pagó un vaso de Gancia y le ofreció un buen dinero si, en lugar de traer más discos, en los próximos días Vieytes se aparecía en el boliche con la carta que el general Perón le había escrito a su padre. Vieytes dudó, lo pensó toda una noche, pero al día siguiente volvió al bar y respondió al hombre que sí, que para el sábado tendría la carta en sus manos, y arregló un mejor precio.

Yo me enteré de todo esto después, dice Laura Cerri, mejor dicho, dice, a la semana siguiente, cuando una noche Vieytes padre entró en la casa hecho una furia, fue hacia el cuarto de la política, volvió a la cocina, llamó a su hijo a los gritos, a mí me sentó al lado de Vieytes y desde el otro lado de la mesa nos dijo que a partir de ese momento las cosas cambiaban para siempre en esa casa. No quería saber cuál de los dos era el traidor, o si los dos lo habíamos traicionado, pero hasta que la carta del General no estuviera otra vez en su poder las cosas iban a ser como nos iba a decir él, a cada uno, por separado y de inmediato. Y para hablar a solas con su hijo, primero, dice Laura, me ordenó que yo lo esperara en mi cuarto.

Unas horas antes el viejo Vieytes había estado discutiendo con la dirigencia de la Unidad

Básica local, y en medio de la discusión, cuando Vieytes padre estaba gritando que daba la vida por Perón, alguien le hizo callar la boca diciéndole que para el Movimiento hubiera resultado más útil que, en lugar de decir ahora que daba la vida por el General, el compañero se hubiera molestado nomás hasta Trenque Lauquen, como se lo había pedido Perón, y no que lo desobedeciera nada más que para conservar una carta que, encima, no podía mostrar a nadie, porque la carta misma era la prueba de su traición. Por eso, ahora la carta estaba bien donde estaba, en el Concejo Provincial, en La Plata, como muestra de que tipos como Vieytes, como todos los de la Tendencia, en el Movimiento Peronista empezaban a estar demás.

Vieytes padre se quedó mudo, y todo lo que alcanzó a decirle al que lo provocaba fue que no hablara boludeces, que hablar boludeces era lo que mejor sabían hacer los fascistas como él, y enseguida volvió a su casa a comprobar lo de la carta, y ahí fue cuando su hijo y yo, que mirábamos la televisión, dice Laura, lo vimos entrar hecho una furia.

A Vieytes lo cambió de colegio y le prohibió las salidas. Conmigo tenía otros planes, y esa noche misma, en cuanto terminó de hablar y castigar a Vieytes, Vieytes padre fue a mi cuarto y con toda la furia encima, de inmediato, me los hizo saber bien.

Ahora Laura toma otro trago, inclina la cabeza atrás, deja el vaso sobre la mesa. Me mira a los ojos, prescinde del espejo. Hace que yo encienda otro cigarrillo y se lo dé. Lo pone en los labios. Lo saca y deja la mano y el cigarrillo humeante al lado de la boca, como si alentara a las palabras que va a decir para que lleguen hasta mí.

A partir de esa noche, dice, yo estuve a su servicio para todo lo que Vieytes padre necesitara, pero en la cama. Era eso o me devolvía al lugar de donde me había sacado, dice. No tuve opción. Después empezó a venderme a sus compañeros del Partido. Me hizo trabajar de puta para él en su propia casa.

Calla. Luego del silencio se recompone y dice que Vieytes, el que me interesa, no sabía nada de todo aquello, o se hacía el que no sabía. Pero esa situación duró meses. La carta de Perón estaba en La Plata, sí, y no volvió nunca, y en la casa, lo que en un principio fue una situación violenta, con el tiempo, sin dejar de ser violenta, pasó a ser la normalidad. Para entonces Vieytes ya era un adolescente pleno, aunque sin amigos, sin experiencias y, de algún modo, el sometimiento al que su padre lo condenaba lo acercó un poco más a Laura Cerri. Laura y Vieytes se necesitaron más el uno al otro, empezaron a compartir largas charlas confesionales y en una de esas charlas Vieytes le dijo a Laura que ya no soportaba la intromisión de su padre en su vida, ni en la de ella, que algo había que hacer para que todo aquello acabara, Laura volviera a ser una mujer libre, y él mismo, Vieytes, un adolescente cualquiera.

Pasó algo, sí, dice ahora Laura Cerri, pero no tuvimos nada que ver nosotros, sino que a los pocos días vino el golpe de Estado y el terror que ya había en las calles impregnó la realidad, todos los días. Vieytes padre desapareció de la casa por un tiempo, nos dejó solos sin decirnos adónde iba, dice, y por semanas Vieytes y yo convivimos como una pareja adolescente que simula ser una pareja adulta porque no encuentra cómo hacerse cargo de esa felicidad repentina. Pasamos a dormir juntos en la habitación de Vieytes padre, y en esa forma de hacer el amor creo que Vieytes y yo descubrimos, por fin, el sexo, dice. Por primera vez sentimos nuestra pertenencia a esa casa. Es curioso, dice Laura, ahora, sonriendo francamente al espejo, a mí, pero el recuerdo de esos días es de los mejores que conservo en la memoria. Aunque todo estuviera cayéndose, aunque en la calle asesinaran gente, es curioso, Gauna, cómo la felicidad que Vieytes y yo preservamos en la casa puede hacer que ese tiempo de horrores llegue a mí, ahora, dice Laura, convertido en el recuerdo de un tiempo feliz. Dos personas construyendo en medio de la

destrucción total. Eso éramos. ¿Puede entenderse?

Ahora decime: ¿Esto que cuento es cierto o la memoria quiere que una recuerde así? ¿Vamos a pasarnos la vida, Gauna, evocando un pasado falso?

Un día, una mañana de los últimos días del invierno, Vieytes padre entró en la casa todo vestido de blanco, de traje, como si volviera de hacer un trámite, puso a calentar el agua para el mate y preguntó a Laura, que venía de barrer el patio, si había alguna novedad. La mujer dejó de lado la respuesta porque no supo qué decir, y el hombre no reiteró la pregunta porque, en realidad, dice Laura, no le interesaba ninguna de las noticias que ella pudiera darle. Tomó unos pocos mates, revisó sin ganas el correo que había llegado durante su ausencia, dijo «un día de estos vamos a encarar la limpieza a fondo de esta casa», y después se palmeó la pierna, su traje blanco, como si llamara a un perro, dice Laura, pero en realidad me estaba diciendo que fuera a sentarme en sus rodillas. Fui. Después me llevó a la cama.

Dice Laura que justo en ese momento tuvo que entrar Vieytes, que volvía del colegio, y al verlos desnudos se quedó paralizado y mudo, mirándolos como desde otro mundo. Después comenzó a retroceder y desapareció por el pasillo. Vieytes padre continuó como si nada y yo me quedé llorando, dice Laura, y lloré incluso después que el viejo se vistió y salió hacia la calle. Lloré desnuda. Todavía apagaba mis sollozos contra la almohada cuando al rato entró Vieytes en el cuarto y sin rodeos, con esa seguridad que te da una convicción completa, me acarició, me pidió que me tranquilizara y me dijo que sí, me aseguró que esa noche lo matábamos.

Vieytes padre no llegó a la noche, Vieytes lo asesinó esa misma tarde, a la hora de la siesta. Almorzaron los tres, en silencio, sin que un atisbo de inquietud se evidenciara en el rostro de Vieytes padre mientras comía. El otro Vieytes casi no probó bocado y si resistió la humillación de estar sentado a la derecha de su padre, compartiendo la mesa como si nada lo perturbara, frente a Laura, fue porque en su mente ya tenía, con claridad, otros planes. Que no eran complicados, dice Laura, ahora, frente a mí, a punto de terminar el vaso de whisky, porque cuando Vieytes padre se acostó a dormir la siesta Vieytes esperó a que se durmiera bien, a que roncara; entonces se acercó a la cama caminando muy despacio, se inclinó ante su padre y acercó el caño de la pistola al mentón del hombre dormido. Estuvo así un momento, me dijo Vieytes después, dice Laura, mirando cómo por primera vez tenía dominio sobre su padre, sintiendo el goce de que la existencia de su padre dependiera de una contracción de su índice derecho, pensando cómo, dice Laura que le dijo Vieytes, después, toda una vida podía concentrarse en una circunstancia tan sencilla. Lloraba, Vieytes, dice Laura, me dijo que había llorado y que temblaba al momento de tomar la otra almohada con la mano izquierda, sostenerla un instante por encima de la cabeza del padre dormido y disparar después, sin cerrar los ojos, enfrentando el rostro del hombre que moría, fijando la imagen que no iba a olvidar nunca, dice Laura que dijo Vieytes, después, la expresión desencajada del rostro de su padre en el último instante que, boqueando, estuvo vivo.

Al otro whisky que pide Laura sumo el pedido del mío. El bar, poco a poco, ha ido llenándose de gente que recién ahora descubro en las mesas cercanas. A mi izquierda una pareja ríe mirándose, se toma de las manos; más allá hay tres muchachos que, en silencio, observan lo que sucede en su entorno, y fuman. Laura recorre las líneas curvas de las letras del posavasos como si volviera a escribirlas con la punta de su dedo. Creo que va a decir algo, pero todo es un intento de nada. Después sí me mira a los ojos, no al espejo, y me pregunta cuál es, exactamente, la relación que en otro tiempo tuvimos Vieytes y yo. Compañeros del colegio, digo sin mentir, sólo eso. No sé por qué sonrío un poco. Se echa atrás en la silla y me dice que después de ese día ya nada fue lo mismo entre ellos.

Enterramos el cuerpo vestido con el traje blanco en el patio, dice Laura, cerca de la quinta, y luego decidimos separarnos por un tiempo. Él mismo me obligó a dejar la casa y dijo que era capaz de soportar que por un tiempito volviera a mi trabajo, si era necesario, para que los dos estuviéramos mejor. Él se las arreglaría solo, dice Laura que dijo Vieytes, y en cuanto resolviera algunas cosas (yo tenía que estar segura de eso) me buscaría, volvería a pasar por mí.

Volví al bar de la ruta, dice Laura, con un dejo de resignación en lo que dice, pero Vieytes no apareció nunca. En el pueblo se decía en voz baja que a Vieytes padre lo había desaparecido un grupo de tareas de la dictadura y, por supuesto, nadie quiso investigar nada. Pasó el tiempo, lloré por Vieytes, lo extrañé, hasta que un día me harté de todo y me vine a Buenos Aires con la intención de empezar una nueva vida.

Le pregunto si volvieron a verse, si alguna vez supo algo más de Vieytes.

Laura dice que sí, que muchos años después volvieron a encontrarse en Bolívar cuando ya Vieytes vivía en Buenos Aires y ella había regresado al pueblo, pero no a trabajar, aclara. Parecíamos dos desconocidos, sin mucho que contarnos, sin la confianza, dice Laura, como para contarnos mucho. Vieytes estaba obsesionado con volver a la casa de su padre, la que había sido nuestra casa, y me preguntó varias veces por ella. Yo le dije lo que sabía, dice Laura, que estaba desocupada, abandonada, que había pasado varias veces por enfrente y que me daba pena verla así. Después de todo, dice Laura, en esa casa, aunque por poco tiempo, yo había sido feliz. Vieytes quiso volver una noche, así que quedamos en encontrarnos en la casa. Otra vez volví a confiar en él, Gauna, me dice Laura, otra vez me quedé esperándolo toda la noche en la casa, con frío, con la esperanza de que todo ese espacio, ese lugar donde incluso habíamos enterrado a su padre, lo devolviera a ser el que había sido. Pero Vieytes, por supuesto, no apareció, ni por la casa ni por la mía. Desde entonces preferí borrarlo de mi vida, no dejar ni su recuerdo. Eso duró años en que pareció que el olvido funcionaba si yo ponía empeño en construirlo. Hasta que hace dos días me llamaste, Gauna, para preguntarme si me acordaba de Vieytes. ¿Si me acuerdo, Gauna? ¿Eso querías saber?, dice Laura, casi sonríe. Lo que yo guardo de Vieytes es un conocimiento subterráneo, una idea muy oscura de ese hombre. Sé de Vieytes lo que él mismo no ofrece a la luz. Estoy borracha, pero ya ves, en este túnel cerrado que es mi vida, en esta soledad, aún estoy hablando de él.

El hombre que en la realidad desconocida que lo rodea descubre un bar, o mejor, aparece en un bar que no buscaba. No conoce a ninguna de las personas que allí encuentra y no está con ánimo de iniciar un diálogo con nadie. Así que pasa un buen rato solo, acodado en la barra, sentado en una butaca entre desconocidos que lo ignoran. A su espalda hay un televisor encendido que descubrió al entrar, pero al que no ha prestado atención en ningún momento. Comienza a aburrirse. Ya ha mirado una a una las botellas que hay en la pared que tiene enfrente, ya ha observado con detenimiento las varias veces que los mozos han hecho funcionar la máquina de café. En un momento gira su cuerpo y descubre que en la pantalla del televisor no hay película alguna, que no hay programa sino la repetición incesante de los movimientos del bar que cuatro cámaras captan, alternadamente, desde distintos rincones. El hombre mira casi sin interés la primera secuencia y le parece no verse en la imagen que muestra el lugar que ocupa. La segunda vez, cuando cree distinguir vacía la butaca donde está sentado, toma como referencia a la mujer de saco rojo que se ríe medio metro a su derecha. En la tercera vista no sólo no aparece junto a la mujer de saco rojo, sino que la butaca que antes se mostraba vacía ahora está ocupada por un hombre de traje blanco que ríe con la mujer de rojo y que, por supuesto —no tiene dudas—, no es él.

El hombre al que le asignan un trabajo y una casa en otro pueblo, a cientos de kilómetros del suyo. El ferroviario al que le otorgan el trasladado por su actividad sindical, pero no por reivindicativa, sino por los problemas que ocasiona con sus compañeros, que ven en él a un traidor, y quieren eliminarlo. En su nueva casa, que lleva el número 17 del barrio ferroviario, el hombre vive solo, no tiene amigos, y no va a hacerse de amigos en el nuevo pueblo. Lo sabe. Pero lo que más le intriga es la semejanza de su nueva casa con la que acaba de dejar. Al poco tiempo descubre que también la gente con la que ahora se relaciona (conocidos del club en las noches de invierno, compañeros de trabajo a los que apenas ubica por el nombre) no es distinta de la gente con la que se relacionaba antes. Las semejanzas crean en el hombre la ilusión de que no ha habido traslado, sino apenas un desplazamiento espacial hacia el sur, y poco a poco se va convenciendo, después, de que ni siquiera ha habido desplazamiento. En la casa ha dispuesto los muebles de la misma forma que en el otro pueblo; con la gente comienza a tener conversaciones que ya ha mantenido antes. Solo una diferencia signa fuertemente la nueva realidad: las emociones le son menos intensas, su interés por las cosas cotidianas está atenuado, ya no tiene, siquiera, deseos sexuales, ni demasiado apetito, ni frío por las noches ni interés por los partidos del domingo. Los colores de las cosas llegan a él desvaídos; los ruidos de la calle le parecen tan ajenos como si estuvieran sucediendo en un televisor. Un atardecer, mientras mata el tiempo en el patio de su casa, siente por primera vez que es el hombre más solitario del planeta y que esa condición no va a variar. Está vacío. No tiene a nadie. En pocos días la depresión va a invadirlo al punto de impedirle ir al trabajo. Pero nadie lo reclama. Entonces siente que la vida le es ajena. En las

semanas siguientes va a vivir convencido de que, en realidad, sin darse cuenta, ha muerto. Así lo ingresan en el hospicio: sin que nadie pueda convencerlo de que está vivo. Les dice a los médicos que se equivocan al creer que él está vivo porque ellos también han muerto, y no lo saben. Trata de convencer al resto de los enfermos de que, en realidad, ya están en el infierno. Por las noches, a escondidas, escribe en hojas que roba de la enfermería una larga defensa del sindicalismo, de la autogestión obrera y de la conveniencia de que el Estado haga entrega de los ferrocarriles a los trabajadores de la empresa. En el último tiempo ya no se levanta de la cama. Los demás enfermos, de tanto en tanto, acercan sus cuerpos lentos al lecho del ferroviario, le colocan la palma de la mano en la frente y se alejan enseguida diciendo a los demás que habrá que esperar un poco porque no, que habrá que seguir esperando vaya a saber hasta cuándo porque todavía no.

Las historias venían al final del mensaje de Vieytes que entró en mi máquina al día siguiente de encontrarme con Laura Cerri en el bar de Cabildo. Tenían un tono alejado del realismo que marcaba las anteriores, algo fantástico o místico las ubicaba, o mejor, ubicaba a Vieytes, en una zona donde las posibilidades eran más amplias, como si la realidad palpitará ahora en su cabeza con vestigios de sustancia milagrosa. Venían en el mensaje, las historias, pero no eran el motivo por el que Vieytes se comunicaba conmigo. Antes, en el comienzo, decía que ya estaba instalado en Providencia y que, de alguna manera, quería saber si yo había repensado su propuesta de ser el que registrara los hechos de la obra, que se haría finalmente el 9 de septiembre. En el mensaje, la obra por hacer había pasado a llamarse, simplemente, La Obra (aunque no me quedaba claro si las mayúsculas eran un asunto de comodidad al escribir o era que aparecían como una decisión que el propio Vieytes no se molestaba en explicarme), y de ningún modo me preguntaba si me había contactado con Laura o con De Luca. Pero más allá de los detalles y de que Vieytes pretendiera rescatar o alentar mi entusiasmo con nuevos resúmenes de historias, lo único que le interesaba, estaba claro, era saber si al fin yo iba a aceptar su propuesta de personificar al escritor compulsivo en alguna habitación oscura de Providencia.

En esos días mi vida ya era un sucesión continua de conjeturas que iban a tejer, luego, la trama de los días por venir; pero en gran medida, también, las cuestiones llegaban a los tiempos de mi adolescencia y a mi relación con Vieytes durante aquellos años de secundaria en un pueblo de la provincia. Los relatos que De Luca y Laura Cerri me habían hecho sobre Vieytes, por supuesto, no coincidían (había incongruencias con respecto a su padre y a su madre, por ejemplo, o acerca de si había vuelto a encontrarse con Laura en la casa de su infancia). Y más: ninguno de los dos coincidía con lo que yo mismo recordaba de él en los años que lo había tratado. Así que Vieytes comenzaba a ser, para mí, una especie de figura de muchas caras sobre la cual sólo era preciso variar la incidencia de la luz (los recuerdos) para que la figura cobrara formas distintas, y hasta contradictorias. Iluminado desde Laura Cerri, Vieytes encubría algunas aristas duras, resaltaba las dudosas, mostraba zonas oscuras, otras veces se volvía invisible; y si la luz le llegaba desde De Luca los vértices de Vieytes casi desaparecían, todos los bordes en él se pulían hasta volverlo una figura más suave, más lisa, con una clara tendencia a la perfección de la esfera. Con mi luz, Vieytes no era ni el uno ni el otro, pero yo ya no estaba seguro de poder echar luz sobre él, quiero decir, de evocarlo con cierta claridad, como para que mi recuerdo generara en Vieytes una forma capaz de darle definición al adolescente que yo había conocido.

De todas maneras, aún sin nombrarlos el uno al otro, es decir, sin hacer mención de Laura a De Luca ni de De Luca a Laura, mantuve con ellos algunas conversaciones telefónicas como para que

ambos me tuvieran presente, para que llegado el momento en que los invitase a viajar a Providencia la propuesta sucediera con la naturalidad de lo imprevisto, pero posible. Con Laura, incluso, llegamos a tener una relación de amigos que comenzó la noche que salimos a cenar, en ese encuentro en que reafirmé la idea de que Laura era una mujer inabarcable. Muy poco se correspondía su pasado, la desgracia de su vida, con la tranquilidad con que ahora se movía por el mundo. La descubrí una mujer atractiva, cautivada por cuestiones que a mí también me interesaban, porque a medida que nuestra conversación no tuvo por qué atenerse a un tema fijo, que pudimos hablar libremente sin que Vieytes fuera el anclaje de nuestra charla, el diálogo derivó en la eventualidad de temas de lo más dispares. Esa noche, mientras cenábamos, por caso, Laura se introdujo en elucubraciones acerca de la notable diversidad de las culturas, citó algunos nombres y al final me habló de lo que ella llamaba “la simetría vertical de las Américas”, que no era más que la correspondencia que podía apreciarse entre ciertos aspectos de la cultura de los Estados Unidos y nuestra cultura, la del extremo sur de Sudamérica. Dijo que sólo desde una insensibilidad muy grande era posible no percibir que la zamba, por ejemplo, era la tristeza del blues en nuestras pampas, el dolor de los postergados, la expresión de los excluidos en la expansión de una sociedad nueva, etcétera. Y luego habló de su mayor cercanía a la dupla Leguizamón y Castilla que a la que en esa ciudad donde cenábamos habían conformado Carlos Gardel y Lepera. La identidad, en su caso, prescindía de cuestiones geográficas. En un momento extendió el concepto de simetría y nombró a Borges, se apoyó en él para decir que otra evidencia clara era la similitud entre los cowboys y los gauchos. Nuestros gauchos, dijo, son los propios cowboys vestidos de andaluces. Y al nombrar por segunda vez a Borges se quedó callada y enseguida me invitó a una obra de teatro, que terminó siendo, al día siguiente, *El asesino desinteresado Bill Harrigan* en una adaptación de un amigo de Laura que había cruzado sobre el escenario los destinos trágicos de Billy The Kid y Pat Garret con las andanzas no menos sombrías del sargento Cruz y Martín Fierro.

Esa fue la primera vez que Laura, sorprendentemente, me habló de Borges, pero luego supe que ella se había vuelto una lectora incansable de toda literatura que de un modo sesgado, tangencial (son sus palabras), incluyera lo fantástico como un elemento más del realismo. Así que, sin querer, poco a poco, nos fuimos aproximando al momento en que yo pudiera invitarla naturalmente a una representación de teatro comunitario mediante la cual veinticuatro horas en la vida de un pueblo de la pampa iban a ser, completamente, otra vida, otro pueblo, la realidad otra. Pero sin una palabra respecto de Vieytes.

Una semana después, luego de pensarlo varias veces en la soledad de mi departamento, envié un mensaje a Vieytes respondiendo que sí, que aceptaba la propuesta de ser el escritor compulsivo de Providencia, el que registraría los hechos que iban a suceder en La Obra. Le hablé de mis encuentros con De Luca y Laura Cerri, de nuestras charlas en los bares, e hice referencia a que Laura me parecía una mujer interesante. Le conté cómo estaba ella, de la vez que fuimos juntos al teatro, de su gusto por las ficciones de Borges, de su aparente desvinculación con lo que ella misma me había contado de su pasado (y que él, Vieytes, conocía muy bien). Vieytes me envió, al otro día, un largo mensaje en el que lo primero que resaltaba era su agradecimiento porque hubiera aceptado su propuesta, y me expresaba, después, su sorpresa porque Laura Cerri fuera ahora una mujer a la que le interesaran asuntos que en otra época le habían sido tan ajenos, como Borges y la literatura. Casi al final del mensaje Vieytes me contaba cómo al poco tiempo de su partida de Bolívar, a su llegada a Buenos Aires, había tenido oportunidad de conocer a Borges cuando el autor de *Ficciones* dio una serie de conferencias en la Universidad de Belgrano (de las

cuales él había asistido solo a una y por insistencia férrea de una amiga demasiado linda) mientras en la Argentina se desarrollaba el Campeonato Mundial de Fútbol y la gente desaparecía en las calles con una facilidad tan misteriosa que ni Borges ni Poe ni Lovecraft, juntos, pudieron haber imaginado. Por la manera de escribir era evidente que Vieytes estaba de muy buen ánimo. Al final me preguntaba qué había de la aceptación de Laura Cerri y de De Luca acerca de viajar a Providencia.

Yo no tenía respuesta, aún, a esa pregunta, así que en cuanto terminé de leer el mensaje cerré la máquina, me fui a la habitación a preparar la cama y antes de disponerme a dormir me dije que ya era tiempo de empezar a trabajar en ese asunto.

Hacer la propuesta a Laura fue una cuestión sencilla. Un jueves que apareció en mi departamento le comenté del viaje a mi pueblo de origen y de mi interés porque conociera los lugares donde me había criado. En la ficción que estaba creando para ella, mi pueblo era, por supuesto, Providencia, no Bolívar, y Laura sólo preguntó la fecha. Le dije que en unas semanas, pero que yo no iba directamente al pueblo y que en cuanto supiera le avisaba. Aceptó, y enseguida comenzó a contarme otra cosa, y no habló más del tema sino hasta el momento de irse, cuando en el ascensor, mientras bajábamos, me preguntó, con el aparente mismo interés que si quisiera saber la hora, si había tren a Providencia y cuántas horas creía yo que podía durar el viaje.

Con De Luca, en cambio, fue distinto. De Luca trabajaba en una agencia de seguros del barrio de Monserrat, vivía con su mujer y dos hijas en San Telmo, y no disponía de tiempo como para aceptar fácilmente mis propuestas de encontrarnos en el centro a tomar café. Es probable que mi insistencia, en algún punto, le pareciera extraña, o desatinada, pero yo creo que lo cierto es que, con amabilidad y mucho tacto, rehuía de mis probables inquisiciones sobre lo que él pudiera decirme acerca de Vieytes. El tiempo comenzaba a acabarse para mí, y la solución a la renuencia de De Luca no aparecía. Una tarde que, cansado de hojear libros distraídamente en el escritorio, sin leer ninguno, caminaba por mi departamento intentando hallar alguna idea que me abriera la posibilidad de que De Luca viajara a Providencia, decidí arriesgar el fracaso del proyecto. Tomé el teléfono, pedí con él en la oficina y le dije que teníamos que vernos, porque había razones que me hacían sospechar que, contra lo que él, De Luca, creía, Vieytes podía estar vivo.

No le pareció gran cosa lo que le dije, o eso fue lo que se permitió mostrarme, pero aceptó que nos encontráramos el jueves siguiente, en el bar irlandés de la Galería Pacífico, sobre Florida, unos pocos minutos después de las cinco de la tarde.

Un allegado a mí, un hombre mayor, cuyo nombre no era relevante porque él no lo conocía —le dije a De Luca ese jueves, en el bar—, me había contado, hacía unos días, hablando de Bolívar en una charla intrascendente que más tenía que ver con lo que él suponía mi interés por las cuestiones del pueblo, y que a mí, en realidad, poco me importaban, la noticia de que en un caserío de la zona un hombre recién llegado había comprado la manzana central del pueblo, que incluía un hotel abandonado, y había hecho una extraña operación que resultó ser la unión de todas las casas de la manzana, incluido el hotel. El hotel tenía una capacidad equivalente al número de habitantes que aún permanecían en el pueblo. Sumadas las demás casas, en esa manzana cabía ahora más gente que toda la gente que había en los alrededores. Yo quería decir —le dije a De Luca, esa tarde, en el bar— que era posible, según este hombre, meter todo el pueblo adentro de una sola de sus manzanas. Una implosión demográfica en medio de la pampa desolada.

De Luca me escuchaba en silencio, con los codos apoyados en la mesa y la cabeza entre las

manos, lo que hacía resaltar aún más su bigote ancho en el rostro cuadrado. A medida que mis palabras le hacían conocer la noticia él alzaba más las cejas, como si quisiera ayudarme a contar lo que le contaba, pero yo bien sabía que ese gesto, en él, no iba junto con el interés por lo que se le estuviera diciendo. Esa tarde estaba de traje oscuro, venía de la oficina; el traje era del mismo color que el profuso bigote que precedía su cara.

Como hice un alto en el relato, De Luca se quedó aguardando a que continuara. Sacó un cigarrillo del atado, me convidó otro, me ofreció fuego, después dio un suave cabezazo hacia arriba y entendí que me estaba pidiendo que le dijera de una vez por todas a dónde iba.

—El pueblo es Providencia. El hombre que compró el hotel y la manzana entera tiene que ser Vieytes —dije.

Bajó las cejas. Me preguntó por qué.

—Porque ése es su pueblo —dije—, vos lo sabés, y porque entre tan poca gente no puede haber otro capaz de hacer una cosa así.

No parecía convencido. Sentí que lo perdía. Sin embargo aguanté su silencio, sostuve su mirada muda confiado en lo que estuviera pasando en su cabeza sin que yo tuviera forma de saberlo.

—Puede ser —dijo. Se echó atrás en la silla. Me pareció que se ablandaba, que se iba de la compañía de seguros, de su casa y de su familia en Monserrat, que dejaba entrar en él primero la duda, después la nostalgia, las imágenes, los recuerdos, los restos del pasado.

—Para él vos fuiste un hermano —dije—. Mi propuesta es que viajemos hasta allá y lo averigüemos.

Eso fue un 26 de agosto. Los fríos del invierno resistían en una Buenos Aires de piqueteros, homenajes a Julio Cortázar, la promoción de una nueva película argentina y negociaciones con el Fondo Monetario. Cuando al fin llegué, de noche, a mi departamento, envié un mensaje a Vieytes para decirle que todo estaba listo para que el 9 de septiembre él pudiera montar La Obra en las condiciones que me había pedido. Me dio placer escribir eso, y luego me detuve a contarle, por cercanía temporal pero también para que estuviera informado, la charla que acababa de mantener con De Luca en el bar de la Galería Pacífico; hasta le conté el torpe, deshonesto recurso que debí utilizar para convencerlo. Ya le avisaría, yo, el momento de mi llegada a Providencia, pero era muy probable que quisiera estar ahí unos pocos días antes del día de la puesta, si él podía permitirme eso.

Esa misma noche me respondió que gracias, que por supuesto y que claro que podía llegar antes, que sólo tenía que avisarle así iba a esperarme a la estación, y que no se olvidaba de lo que me había ofrecido si yo lograba que De Luca y Laura Cerri estuvieran en el pueblo el día de La Obra, pero que sería bueno que por ahora yo me conformara con la mejor habitación del hotel de Providencia, que ya no estaba abandonado, y que bien podía pasar por un modesto adelanto del cielo que, en Buenos Aires, en el bar de la avenida San Martín, hacía apenas unos meses, él me había prometido.

II

PROVIDENCIA
Cuaderno de notas

Miércoles 8/9/4 (7:30)**

Providencia. Mi primera mañana en este pueblo. El día previo al comienzo de La Obra. Me cuestiono el propósito con el que llegué a este lugar, porque al escribir no escapo a la intención de dramatizar lo que escribo, por eso desvirtúo la realidad. ¿Qué quiere Vieytes de mí? Lo imposible: que narre lo que sucede.

Anoche, a mi llegada, Vieytes me estaba esperando en uno de los bancos del andén. Casi no había más gente que él en la estación. En cuanto me asomé en la puerta del primer coche levantó los brazos, se puso de pie, gritó algo que no alcancé a oír porque el viento se llevó su voz hacia el desierto, y luego se acercó a mí, quiso cargar mi bolso. Le ha crecido la barba notablemente y bajo las luces de la noche (las luces cambiantes de los pocos autos que se acercaban a la estación o hacían maniobras) parecía más blanca. Sólo los anteojos lo ponen a salvo de la apariencia de un profeta, y acaso también el modo en que anoche, por ejemplo, repartió insultos al atraso del tren y a la privatización de los ferrocarriles argentinos. Desde la puerta que une el andén con la sala de espera pequeña y mal iluminada me preguntó si quería ir directamente al hotel o si antes quería caminar un poco, recorrer Providencia (las ventanillas de los vagones le echaban luz en el rostro, pegaban su sombra difusa contra las paredes de la estación). Le dije que prefería irme a descansar, que mejor mañana me mostraba el pueblo mientras hablábamos.

Creo que Vieytes desearía la historia de La Obra escrita por sí misma. Yo también. Por eso mi propuesta a Vieytes será el texto como consecuencia, como efecto, como falso residuo de una verdad que ya pasó. Pero nunca la literatura en esas notas que, como éstas, quizás Vieytes jamás leerá.

Mediodía.

Hoy temprano pasó a buscarme por el hotel, cuando yo escribía las primeras notas. A esa hora, todo el pueblo es un pueblo de sombras largas y frías, de un frío húmedo de campo, distinto al frío de la ciudad, y todo está cubierto por el rocío. Sólo cuando el sol está subiendo Providencia tiene la posibilidad de acercarse a ser un pueblo brillante.

En Providencia hay una calle semicircular que va de un extremo del pueblo al otro. En un tiempo esta calle unió de forma curiosa las primeras casas que empezaban a agruparse entre chacras de inmigrantes; ahora se pierde entre los pajonales de lo que el deterioro ha hecho que sean las afueras del pueblo. Un pueblo diminuto y polvoriento que la supremacía del campo corroe por los bordes. Un caserío caprichosamente disipado en la parda inmensidad de la pampa.

Por el flanco norte pasan las vías. En ese lugar se inicia, con la estación de techos verdes, la discontinua serie de casas que llega hasta la manzana principal. Por allí pasan los trenes que transportan aceite si van hacia Buenos Aires, o que llevan los tanques vacíos si van, en cambio, hacia el sur, hacia la planta aceitera que hay antes de Bahía Blanca. El tren de pasajeros que viene de la capital sólo llega a Providencia tres veces a la semana.

En el centro de la población persisten algunos comercios elementales, la sala médica, la delegación, el destacamento policial, la escuela, la biblioteca, la central telefónica y la iglesia, pero la figura discordante es la del hotel Tierra Negra, de tres pisos, puesto allí de un modo inexplicable salvo que se lo quiera ver como una fantasía verticalista de los inicios de la historia del lugar. Como la construcción es vieja, es alta, yo creo que, cuando la luz del sol da de lleno en sus paredes, el edificio debe distinguirse a la distancia como la exageración blanca que es en esta llanura opaca. Si se mira por las ventanas puede verse el campo hasta la línea del horizonte. Si se sube a la terraza, la inmensidad se vuelve completamente circular. Uno puede suponer, al rato de estar mirando, que la civilización ha desaparecido.

Por lo que sé, soy el único huésped del hotel. El servicio está completo (hay cocina, servicio de cuarto, conserje), pero todo es una estructura para clientes que no existen. Hace un rato, al volver de la caminata con Vieytes, pude observar que los demás cuartos están habilitados, pero vacíos. Por la noche se encienden todas las luces, hasta los pequeños focos que hay sobre los cuadros que acompañan al caminante por los pasillos. En estas condiciones el hotel parece guardar un silencio sorprendente. Un vacío iluminado dentro de otro mayor, oscuro: el paisaje en el que está inmerso. Los empleados llaman a Vieytes “el señor Vieytes” (lo supe anoche, cuando me acompañó hasta la recepción y me presentó a la gente del hotel). Nadie me preguntó qué cuarto prefería, sino que me asignaron uno en el segundo piso, al que accedo por una escalera que se inicia a un lado del tablero de llaves. El mármol de los escalones está gastado en el centro. La baranda de madera ha perdido su brillo. No creo equivocarme si arriesgo que la construcción no tiene mucho menos de un siglo de antigüedad.

Hace un rato, después de recorrer el pueblo, Vieytes quiso que nos detuviéramos en la recepción del hotel, y me indicó los amplios sillones cercanos a la entrada. Se sentó enfrente de mí y abrió la carpeta amarilla que paseó toda la mañana bajo el brazo. Sacó una hoja de papel doblada, acercó la pequeña mesa que hay entre los dos sillones y desplegó sobre ella un plano hecho al detalle, aunque a mano alzada. Lo giró con un rápido movimiento para que las letras me fueran legibles y dijo que ahora que lo conocía me iba a ubicar mejor: así era Providencia dibujado.

15:20

He podido dormir la siesta. Hace mucho que no descanso como descansé acá, en medio del

silencio. Terminadas las anotaciones anteriores bajé al comedor y pude probar el exquisito pejerrey de agua dulce que, según dijo el cocinero, pescan en el arroyo Seco, diez kilómetros al sur por el camino de los montes. Vieytes me había hablado de ese plato. Tiene que haber sido él, también, el que indujo al cocinero a invitarme a pescar este domingo (el cocinero, como algunos otros en este pueblo, me trata, equivocadamente, como a un porteño).

Hace un rato desplegué el plano de Providencia sobre la cama que no uso. Así, tiene las dimensiones de un diario abierto. Con un marcador rojo están indicadas las referencias del pueblo: la iglesia, la estación de trenes, el hotel, etcétera. El nombre de las calles se repite al inicio y al final de cada trazo. Cada manzana está numerada. A la vez, cada casa o solar muestra un número más pequeño. De los interiores de las casas no hay dibujo, hasta ahí llega el nivel de detalle, pero sí se han escalado las dimensiones de los terrenos. Mirado a la distancia (desde la puerta del baño, por ejemplo), la línea curva de la calle semicircular le da al plano un aspecto de rostro deforme, ya sea alegre o malhumorado (la boca hacia abajo si lo miro desde la entrada al cuarto). Parece la cara de un niño gordo compuesta en grises con pequeñas manchas rojas como pecas.

Vieytes me lo dejó porque me va a servir para ubicar mejor los movimientos de La Obra, que comienza esta medianoche. Así él podrá darme instrucciones o precisiones por teléfono, dijo. Todavía no me queda claro qué es exactamente lo que quiere.

6 de la tarde.

Volvió Vieytes. Otra vez me encontró escribiendo. Quiso saber qué hago. Le dije que anotaciones personales, y no mentí. Entró directamente hasta mi cuarto, sin que lo detuvieran en conserjería, y se sentó en la otra cama, al lado del plano. Le pregunté por qué no me habían avisado que subía. Sin alzar la vista me respondió que era el dueño del hotel, que no hacía mucho se lo había comprado a un alemán de apellido Schwarzerde. Nunca sabré si con mi pregunta disparé la narración de la historia (y con eso el repentino abandono de Vieytes de los verdaderos motivos de su visita), o si vino justamente a contármela y mi pregunta le allanó el camino. Tampoco sabré por qué en Buenos Aires me dijo que apenas sobrevivía desde su regreso de México. Pero lo cierto es que, sentado allí, en la otra cama, me contó la historia de Claus Schwarzerde.

Dijo que a fines de los años veinte había llegado a Providencia un japonés de apellido Yurimoto con valijas llenas de dinero. De inmediato empezó a comprar tierras y ganado y enseguida se embarcó en la construcción de un hotel de varios pisos en la manzana principal del pueblo. Hasta el último campesino podía darse cuenta de que ese edificio, allí, no tenía sentido, dijo Vieytes, pero tiempo después el hotel estuvo terminado, y en el frente, sobre la puerta de entrada, lució, en letras de molde y en forma de arco, su nombre: Argentino (aunque nunca se lo conoció como Argentino, dijo Vieytes, sino que, como es lógico, simplemente se lo llamó El Hotel, y en la zona, en todo caso, El Hotel de Providencia).

El hotel, desde un principio, no pasó de ser una estructura vacía, un aceitado mecanismo de servicio dispuesto para un número de clientes que nunca hubo. Rara vez se ocuparon habitaciones

en pisos diferentes y la sala comedor, poco a poco, empezó a funcionar como el lugar de encuentro en Providencia, como una confitería, que con el paso del tiempo desplazó al viejo salón del club Atlético, que se redujo a sede de campeonatos de truco o de cenas a beneficio de la Escuela 1 o de la Junta Policial.

Yurimoto vivía en soledad en el segundo piso del hotel sin que en su vida ocurriera nada que la gente pudiera distinguir como un hecho memorable. Pescaba, salía a cazar, se ocupaba de sus campos, y pocas veces exponía su castellano mal hablado al interés de quien quisiera oírlo, porque en la marcha de sus días parecía no necesitar de nadie. Con los años continuó anexando tierras a sus posesiones y pronto el pueblo estuvo casi rodeado por chacras unidas bajo variantes de un mismo nombre y un solo propietario. Salvo una, que acompañaba a lo largo de kilómetros los meandros del arroyo Seco y que era propiedad de una alemana, Ana Schwarzerde. La mujer y su hijo adolescente habían llegado a Providencia desde Asunción del Paraguay en tiempos en que en Buenos Aires comenzaba a sonar con fuerza un nombre nuevo, el del secretario de Trabajo Juan Perón. Hubo quien dijo, contó Vieytes, que ambos, Yurimoto y Ana Schwarzerde, empezaron a reproducir, en la pampa, la contundencia del Eje Berlín-Tokio, aunque reducido a los pormenores de una relación sentimental que prosperaba mejor que los avances imperiales en la guerra. Otros, dijo Vieytes, sólo vieron en esa alianza la desolación de dos extranjeros que no terminaban de amoldarse a la quietud de un pueblo perdido en una sociedad salvaje. Se aburrían. Entonces Yurimoto abandonó el hotel y se fue a vivir al campo de Ana Schwarzerde, con ella, donde al cabo de unos años, cuando ya Claus Schwarzerde, el hijo de Ana, había regresado a Berlín en busca de su padre, comenzaron a hacerse cargo primero de uno, luego de dos y al fin de varios niños huérfanos de la zona que criaban hasta la edad de dieciocho años, que era cuando volvían a dejarlos a disposición de los patronatos de menores hasta que obtuvieran la mayoría de edad.

Todo funcionó hasta la mañana de invierno que Yurimoto apareció muerto en el arroyo, apenas flotando sobre el agua amarronada; en apariencia, ahogado. Las pericias, luego, desmintieron los pareceres: el japonés había muerto de un paro cardíaco cuando pescaba, a medianoche, en medio del arroyo Seco, mientras estrenaba unas largas botas de goma que había comprado esa misma tarde.

Ese rostro de Vieytes vuelto hacia la luz de la ventana contándome una historia sin que yo se lo pidiera se me figuró, por primera vez, como el último de la serie que se inició en el bar de la calle Espinosa, en Buenos Aires. Quiero decir, hace un rato por primera vez sentí que asisto a una transformación, como si ese rostro y Vieytes todo no dejaran de mutar hacia lo desconocido.

Ana Schwarzerde, deprimida, ya no quiso seguir con el orfanato y se lo pasó a las monjas del Socorro Perpetuo, que llegaron desde Bolívar, pero dispuso que los gastos de la institución continuaran a su cargo.

Vivió unos meses más en el hotel sólo aguardando la vuelta de su hijo de Alemania. En cuanto Claus estuvo en Providencia le contó que no había hallado a su padre y le aseguró que se haría cargo de las propiedades que ella acababa de heredar. Entonces ella murió tranquila, en su cama, una noche que Claus se divertía en un baile de la escuela mientras esquivaba los avances de las

muchachas fascinadas por su cabellera rubia, su lenguaje un poco extraño y la cantidad de propiedades que de ahora en más debía administrar.

Muerta su madre, Claus Schwarzerde vendió parte de las propiedades, cambió el nombre del hotel Argentino por el de Tierra Negra y se recluyó en la primera chacra que había comprado Yurimoto muchos años atrás, cuando ni él, Schwarzerde, ni su madre, tenían noción de que el japonés fuera a cambiarles la vida de tal modo.

Por su parte, en esos años, a fines de los cincuenta, el padre de Vieytes, que no había visto nunca a Claus Schwarzerde ni a su madre (porque cuando los alemanes llegaron a Providencia él estaba yéndose del pueblo), era un estudiante de la Facultad de Ingeniería de La Plata, con cinco materias aprobadas y muy pocas intenciones de que su carrera prosperase. Allí conoció a Franz Heinkel, un compañero alemán más interesado en el esoterismo y los complejos asuntos de la astronomía que en la ingeniería en construcciones, que estudiaba. Por afición, Heinkel se había convertido en un experto en las cuestiones del cielo, un erudito que al volver de las fiestas, de madrugada, proponía a sus amigos sentarse un rato en la plaza, antes del amanecer, para distinguir y nombrar una a una las constelaciones que empezaban a diluirse en la creciente claridad del aire. Los demás lo escuchaban por un rato y luego lo dejaban solo con la mirada en las estrellas y a punto de dormirse por la borrachera.

Al año siguiente de conocerse, el padre de Vieytes y Franz Heinkel compartieron un cuarto de pensión en la calle 50, y fue él, Heinkel, quien llevó al padre de Vieytes por primera vez a secretas reuniones de la Resistencia Peronista donde de un modo impreciso, vagamente, se tramaba el posible retorno del general Juan Perón, exiliado en Santo Domingo.

Tiempo después el padre de Vieytes regresó a Providencia convencido de que la ingeniería en construcciones, tanta matemática, no podía ser, de ningún modo, lo suyo, pero más que nada alentado en su nueva vida por el creciente embarazo de Mabel, su novia, una estudiante de La Plata que desde hacía tres meses llevaba en su vientre al nuevo Vieytes. Su breve paso por la militancia clandestina fue lo que más extrañó a su regreso al pueblo, así que seis meses después volvió a la ciudad en busca de Franz Heinkel para que entre ambos pudieran pergeñar alguna línea de acción a seguir en Providencia. Pero Heinkel ya no vivía en La Plata. Un viaje repentino a Córdoba le había hecho iniciar un viaje mayor por Sudamérica —dijeron los compañeros— y hasta era probable que su carrera universitaria se hubiera acabado allí mismo, más o menos para la época en que él, Vieytes (el padre de Vieytes), había decidido regresar para siempre a la tranquilidad de su pueblo.

Los contactos con la Resistencia Peronista continuaron desde Providencia, pero de Franz Heinkel el padre de Vieytes no supo nunca más nada. Hasta una tarde de invierno en que el pequeño Vieytes jugaba con su madre en el patio de la casa, el padre ordenaba los papeles de su nueva ocupación —la compra y venta de hacienda— y en el frente de la casa se detuvo una Estanciera. De ella bajó, a pasos largos, que parecían de alambrador, el alemán. En un principio Vieytes padre no reconoció a su ex compañero y no acertó a entender qué querría de él ese hombre de cabello corto, rubio, de anteojos de carey oscuro y ropa de la que no se hallaba ni en la mejor tienda del pueblo. Pero en cuanto Heinkel abrió los brazos y dijo dos palabras en un castellano duro, Vieytes padre se alegró de verlo y pudo imaginar que alguna cosa importante estaba pasando en el Movimiento. Sin embargo, Heinkel había venido a pedirle a Vieytes padre que le indicara dónde hallar a un compatriota suyo que, suponía, estaba en Providencia. Su nombre era Claus Schwarzerde.

Como me pareció que sentado así en la cama, casi de costado, no debía hallarse cómodo, quise plegar el plano para que tuviera más espacio; pero con un movimiento rápido Vieytes puso su mano abierta sobre el papel y con una seña me indicó que me volviera a donde estaba y que siguiera escuchando (o eso creí entender). Y continuó:

Cuando casi de noche salieron en la Estanciera hacia la residencia de Schwarzerde, ninguno, ni Heinkel ni el padre de Vieytes, pudo abstenerse de recordar el poco tiempo que habían convivido en La Plata, los inicios clandestinos de la Resistencia Peronista. Heinkel no parecía tener intenciones de hablar de otra cosa, y a Vieytes padre no se le ocurrió que su interés por visitar a Schwarzerde fuera más allá de alguna connotación propia de las comunidades expatriadas. Sin embargo, cuando llegaron, cuando detuvieron la camioneta entre los árboles de la entrada, a un lado de la casa, Heinkel le dijo que iba a bajarse solo y que él tuviera la amabilidad de esperarlo en la Estanciera.

Ya era una noche fría en la pampa y los nubarrones de la tormenta cubrían el cielo hasta donde la vista llegara. En la distancia podían verse los montes de eucaliptos como negro sobre negro, una profundidad infinita atravesada por un viento fuerte que agitaba los árboles y movía la Estanciera con una delicadeza helada. El padre de Vieytes pudo ver, desde la camioneta, cómo Schwarzerde se asomó por una de las ventanas, cómo luego abrió la puerta con recelo hasta que el hombre que se enfriaba a la intemperie dijo alguna cosa, cómo Schwarzerde, entonces, abrazó a Heinkel en medio del viento que agitaba los abrigos y luego entraron abrazados en la casa.

Vieytes padre aguardó unos minutos en el frío de la camioneta confiando en que la conocida educación de Schwarzerde le haría entrar a él también. Pero los minutos se hicieron media hora y sólo cuando ya había perdido toda esperanza de beber algo caliente al abrigo de una estufa, Franz Heinkel apareció en la puerta y le hizo señas para que se bajara. Ya dentro, frente al fuego, le presentó, de pie, a Claus Schwarzerde, que abandonó el sillón para estrecharle la mano, y él, Vieytes (el padre de Vieytes) se sintió obligado a decir que por supuesto, que de nombre claro que lo conocía. En el centro de la base de la chimenea había un retrato de Heinrich Himmler; hacia el lado derecho, entre dos medallas doradas, una Cruz de Hierro negra.

Lo que fue la presentación fue casi también la despedida, porque de inmediato, tras un breve diálogo en alemán con Schwarzerde, como si nada más tuvieran que hacer allí, Franz Heinkel comenzó a ponerse el abrigo, agradeció en castellano que lo hubiera recibido y dijo a Vieytes padre que ya salían, que la noche era inclemente y que de descolgarse la lluvia que amenazaba desde el sur los caminos iban a volverse intransitables.

En el viaje de regreso casi no hablaron bajo la luz de los relámpagos. El padre de Vieytes sólo hizo un comentario acerca de los caminos y Heinkel elaboró una explicación de la naturaleza eléctrica de la tormenta. Cuando a las once de la noche llegaron a la casa de Vieytes padre, el alemán le pidió que saludara a la señora y a su hijo porque de inmediato él se volvía a La Plata. Entonces sí el padre de Vieytes quiso saber qué había sido esa visita a Schwarzerde. Heinkel dio una palmada en el hombro a su ex compañero y cariñosamente le dijo que si lo habían hecho pasar a la casa era porque estaban convencidos de que después no haría preguntas, y que él, Heinkel, en el campo, le había asegurado a Claus Schwarzerde que este hombre —él, Vieytes, el padre de Vieytes— era, plenamente, un hombre de confiar.

En ese punto del relato Vieytes calló, tomó el teléfono y pidió a la confitería del hotel que nos subieran dos cafés, sin preguntarme si quería uno. Había hablado durante varios minutos sin que yo lo interrumpiera, y mientras contaba había plegado y desplegado el plano de Providencia varias veces sin separar su enorme humanidad de la cama. En un momento me pareció que sus palabras se sustentaban en una respiración agitada, y al rato me dijo que estaba fumando demasiado y que en cuanto terminara este asunto de La Obra iba a abandonar el cigarrillo. Ahora la ventana del cuarto estaba apenas abierta para que saliera el humo y las cortinas se movían suavemente con la brisa. Entraba un aire fresco pero agradable, de principio de primavera. Golpearon a la puerta.

Con el primer sorbo de café Vieytes retomó el relato pero unos años más adelante. Me ubicó: era la década del setenta, en Bolívar, y él y yo ya éramos compañeros en el colegio Nacional, pero aún no teníamos el trato que hubiera permitido que me enterara, entonces, de lo que él iba a contarme ahora.

Poco antes de su desaparición definitiva, Vieytes padre estuvo una semana sin que se le conociera paradero. Todo lo que dijo a Vieytes, al salir, fue que no se preocupara si no volvía en unos días, pero lo que supo Vieytes después fue que esa noche de invierno del setenta y seis, la noche de su primera desaparición, su padre asistió a una reunión del partido en una quinta de los afueras de Bolívar, en la que todos quedaron detenidos tras un allanamiento de la policía. En la comisaría estuvieron apenas unas horas, porque en la madrugada les vendaron los ojos, los cargaron en la caja de un camión común, civil, y luego de varias vueltas por caminos de tierra, ateridos por el viento helado, los hicieron bajar del camión y les quitaron las vendas en lo que parecía ser un galpón casi vacío. Sólo unas bolsas de girasol apiladas en un rincón y unas pocas herramientas de siembra interrumpían el gris sucio del amplio piso de cemento.

Allí los tuvieron por días enteros, durmiendo en el suelo, atados de pies y manos y con capuchas que les colocaba otro encapuchado cada vez que alguien se acercaba a traerles agua o un poco de comida maloliente. Eran cinco los prisioneros, y ninguno de los cinco supo nunca para qué diablos los llevaron a ese lugar si cuando habría pasado no mucho más de una semana volvieron a cargarlos en el camión y los abandonaron en la sección chacras de Bolívar, no lejos de las vías del ferrocarril, con el consejo impartido a punta de pistola de que mejor se olvidaran de todo lo ocurrido, porque todo había sido una infeliz equivocación que, seguramente, los cinco bien sabrían disculpar.

No fue su padre quien le contó este episodio a Vieytes, porque su padre jamás hizo mención al tema, sino un camionero desconocido y recién al verano siguiente, cuando Vieytes padre ya había vuelto a desaparecer pero esta vez llevado por los militares y para siempre.

El camionero alzó a Vieytes en la ruta a Buenos Aires una mañana de lluvia que Vieytes hacía dedo bajo un bolso casi vacío que apenas lo guarecía del agua. Antes de llegar a 9 de Julio, mientras Vieytes le cebaba mate, el camionero le confesó que no lo había alzado ni por lástima ni por solidario, porque él no alzaba por eso a nadie, sino que había parado simplemente porque lo había reconocido. Dijo que más que a él, a Vieytes, él había conocido a su padre, y que incluso unos días antes de desaparecer le había confiado un viaje de hacienda hasta Liniers. Pero antes habían ido juntos al campo a cargar los animales. El padre de Vieytes no era un hombre de ponerse nervioso con facilidad, dijo el camionero, pero en cuanto entraron en los corrales no pudo quitar la vista de un galpón abierto, a unos metros de la manga, antes del monte, y en cuanto

bajaron del camión, él le oyó pedirle que se encargara de hablar con la gente, que él, el padre de Vieytes, ya volvía. Fue hasta el galpón, entró, salió y volvió. Pero volvió temblando, dijo el camionero. Subió al camión, se quedó allí mientras cargaban y hasta que no estuvieron fuera del establecimiento no habló una sola palabra de lo que había visto. Al rato, ya en la ruta, el padre de Vieytes le contó la historia del secuestro, y el camionero, ahora, si él, Vieytes, la desconocía, estaba dispuesto a contársela.

—El campo, por supuesto —dijo Vieytes hace un rato, sentado en la otra cama—, era el campo de Claus Schwarzerde, el caballero que me vendió el hotel —y apoyó el índice derecho en una marca roja del plano que indicaba el sitio donde estábamos—. Él después compró todo esto —dijo, llevando el dedo hasta otra manzana sobre el mapa de Providencia, donde estaban la biblioteca y el club—. Pero donde volveremos a vernos las caras con Melanchthon esta noche, Gauna, es acá —dijo Vieytes, haciendo con el dedo varias veces un círculo sobre el punto rojo que indicaba la iglesia—, en la escena final de La Obra: la misa.

Tuve que preguntarle quién era Melanchthon, a qué se refería. Vieytes se puso por primera vez de pie y fue hacia la ventana. Dijo que nada, que no le hiciera caso, que él a veces llamaba así a Claus Schwarzerde sólo para abreviar, para no enredarse la lengua con ese apellido impronunciable. Cuando le pregunté por qué no llamarlo Pérez, entonces, o González, me hizo un gesto con la mano como si me alejara varios metros hacia el pasillo para decirme, fastidiado, que si quería creer en él, que creyera, y que si no, ése no era asunto suyo. Él, ante la inminencia de los hechos, no tenía tiempo para andar convirtiendo fariseos.

La casa de Claus Schwarzerde, o Melanchthon, está indicada en el plano con el número 21. El hotel lleva el número 14, la iglesia el 45, la biblioteca el 23. No logro entender cuál es el criterio con el que Vieytes hizo el orden de las manzanas para poder marcar las casas con números que no son correlativos, ni cómo pretende ahora que ese orden arbitrario pueda ayudarme a ubicar los hechos.

Ocho y cuarto de la noche.

A menos de cuatro horas del comienzo de La Obra. Hoy a la tarde Vieytes se fue del hotel un tanto disgustado, o eso me pareció. Al rato quise hablar con él por teléfono, pero me dijo que estaba demasiado ocupado con los últimos preparativos de La Obra. Estaba excitado. Me dijo, con buen ánimo, que la gente se estaba portando de maravillas y que en ningún otro emprendimiento que él hubiera hecho en su vida se había sentido tan apoyado. Antes de cortar me pidió que me relajara, que paseara un rato por el pueblo, que todo el mundo estaba en la calle, los negocios abiertos, que no me perdiera la fiesta histórica que este pueblo diminuto estaba a punto de vivir.

Once de la noche.

Estuve en la biblioteca. O yo estoy alucinando, paranoico, o Vieytes se volvió completamente loco.

III

PROVIDENCIA
El día de La Obra

Unos minutos antes de las doce de la noche, de la hora cero del día de La Obra, el pueblo entró en una quietud absoluta y ya ni en la calle ni en ningún lado hubo ruidos o movimientos que no fueran los naturales: perros husmeando tarros de basura, ramas de árboles movidas por el viento, todo lo imposible de incluirse en el detallado plan de Vieytes. Yo observaba la noche inmóvil por la ventana de mi cuarto y ese orden, ese acatamiento unánime de la voluntad de un hombre, me hizo sentir que ya no sólo su barba encanecida podía acercar a Vieytes a la figura de un profeta, sino que la circunstancia, según lo que acababa de intuir en la biblioteca, podía ser peor y derivar en propósitos suyos que, alocadamente, involucraran la idea de Dios.

En un momento, tras los vidrios de la ventana pareció detenerse hasta el aire. Miré el reloj del cuarto: la medianoche. ¿Yo estaba incluido en eso? ¿Era yo parte de esa realidad? ¿Podía describirla mejor si la integraba o si me mantenía fuera de ella? Vieytes quería que a las doce en punto me hallara en mi cuarto, en el hotel, y que a esa hora, exactamente, comenzara con el registro de los hechos. Le hice caso. Descorrí completamente las cortinas y tomé el cuaderno que el propio Vieytes me había entregado. Abrí una de las hojas de la ventana y me dediqué a observar lo que ocurría en la calle.

Vi una mujer corriendo que, con un bolso en la mano, entraba por la puerta principal del hotel y se perdía de mi vista bajo la cornisa. Vi un hombre que salía del hotel caminando muy despacio, y luego subía a un auto pequeño estacionado bajo uno de los árboles más altos de la cuadra. Sobre el pueblo había una luminosidad un tanto extraña para esa hora, y recordé que según el plan de Vieytes todo Providencia iba a estar activo durante veinticuatro horas exactas, lo cual quería decir que los negocios se mantendrían abiertos, en la iglesia habría misa casi permanentemente, los niños y los maestros irían rotándose para cumplir una jornada de exactamente un día y en las calles la gente habría de moverse como si ahora, por ejemplo, poco después de las doce de la noche, fueran, digamos, apenas las cinco de la tarde. A Vieytes le interesaba el aspecto social del pueblo, la relación de cada persona con las demás, y no lo que pudiera ocurrir en la intimidad de las casas. Tras todo esto había disparadores que sólo los protagonistas conocían, un libreto personalizado, con lo cual los actores quedaban divididos, en la mayoría de los casos, entre los que sabían un poco más que los otros acerca de lo que habría de suceder y los que iban a ser integrantes de una realidad alterada que, por completo, desconocían. También estaban los casos en que una persona tenía instrucciones de accionar de determinada forma, pero lo haría con otra que tendría otras instrucciones aplicables a otras circunstancias, lo que daba, claramente, que el único capaz de adelantarse a los movimientos en todo el pueblo, el único con capacidad de predecir algo en este día particular era, por supuesto, Vieytes.

En mi caso, podía moverme con independencia salvo por dos instrucciones a cumplir a rajatabla: que al inicio de La Obra, a las doce, me hallara en mi cuarto del hotel, y que luego, fuera donde fuera, no dejara de tomar nota de lo que aconteciera en mi entorno. Lo demás ya vendría en forma de llamados telefónicos que Vieytes me haría cada cierto tiempo. Pero ¿dónde estaba Vieytes ahora? Creo que todo Providencia lo desconocía.

Pasados unos minutos me cansé de observar por la ventana y quise irme. Tomé el cuaderno y salí del cuarto. Lo primero que observé fue que algunas de las habitaciones del hotel parecían estar ocupadas, y ya en la escalera, donde nunca me había cruzado con nadie, tuve que hacerme a un lado para dejar pasar a una parejita que no interrumpió su abrazo aunque los tres, uno al lado del otro, entráramos trabajosamente, a un mismo tiempo, en uno solo de los escalones. También vi a un anciano que encaraba con esfuerzo y sin convicción los primeros peldaños de la penosa subida. Se tomaba de la baranda y a cada paso daba un gemido. No supe si ayudarle o seguir viaje. Me di cuenta de que no tenía en claro cómo reaccionar ante las situaciones que, seguramente, iba a presenciar en las horas por venir.

En la recepción había un hombre desconocido que, sin embargo, me llamó por mi nombre, me deseó una buena noche y guardó mi llave. La mucama que bajaba con un canasto de ropa no era la misma que la del día anterior. Por la puerta entreabierta de la confitería alcancé a ver alguna gente que tomaba, hablaba, reía y fumaba componiendo perfectamente una falsa ocasión cotidiana. En cuanto salí, al momento de pisar las primeras baldosas de la vereda, supe que había abandonado mi cuarto, que no me había aguantado mucho más tiempo allí, porque todo lo que deseaba hacer, en realidad, era volver a la biblioteca a continuar investigando lo que hacía apenas unas horas, ya de noche, asombrado, me había parecido descubrir.

La biblioteca era un edificio bajo pero muy grande, con rejas en las ventanas altas y de un aspecto parecido al de una construcción colonial. Habían tenido el buen gusto de pintarla, por sobre el verde claro que se veía en algunas partes de las paredes, de un blanco tiza que iba muy bien con las tejas españolas que caían sobre la vereda a lo largo de los varios metros del frente.

La mujer de gruesos anteojos que me había atendido antes ya no estaba. En su lugar, un muchacho de poco más de veinte años me ofreció, inmediatamente después del saludo, los archivos que estaban a su izquierda en caso de que yo buscara algún libro en especial. Le dije que podía ubicarme solo, que no era la primera vez que estaba allí y que si él no se oponía prefería ir directamente a la sección de libros que necesitaba. Me instalé en una gran mesa de madera oscura, hice algunas anotaciones en el cuaderno de La Obra, busqué los libros que tenía en mente y luego tomé una hoja de la pila que había en el centro de la mesa para anotar lo que me interesaba. Comencé por el tomo siete de una enciclopedia de doce.

MELANCHTHON, PHILIPP (1497-1560). *Teólogo y reformador alemán. Su verdadero apellido era Schwarzerde (que significa "tierra negra") y que modificó a la forma griega, es decir Melanchthon. Guiado por el humanista y hebraísta John Reuchlin, se educó en la escuela latina de Pforzheim, de donde pasó a las universidades de Heidelberg y de Tübingen. Allí se especializó en filosofía clásica griega —estudiando en especial a Platón y Aristóteles—, en las Sagradas Escrituras, y fue influido por los escritos de Agricola, William de Ockham y John Wessel. Antes de conocer a Lutero ya había manifestado su desacuerdo con la teología escolástica y con la moral eclesiástica. En 1518 fue llamado por el elector de Sajonia para que enseñara griego en Wittenberg. Esta ciudad se convirtió en escuela de la nación, ya que en ella se dejaron de lado por primera vez los métodos escolásticos de enseñanza. En su Discurso para la reforma de los estudios, Melanchthon aparece como un líder del espíritu renacentista. Colaboró con Lutero en la traducción de la Biblia y sufrió la influencia de la personalidad de*

éste. Participó en 1519 en una controversia que tuvo lugar en Leipzig e, identificado con el pensamiento de su maestro, con el que difería, sin embargo, en algunos puntos que terminarían por producir la separación de ambos en 1543, apoyó el principio de Lutero de la supremacía de las Escrituras frente a los escritos de los Padres de la Iglesia. En 1521, mientras Lutero permanecía confinado en Wartburg, Melanchthon fue el jefe de la causa reformista en la universidad, publicando ese mismo año Loci communes rerum theologicarum, que es la primera presentación sistemática de la teología reformista. El enviado papal Campeggio le urgió, en 1524, a que renunciara a las nuevas doctrinas. Melanchthon se negó exponiendo las nuevas razones en Summa doctrinae Lutheri. Todas las obras de Melanchthon están escritas en un lenguaje claro y elegante que facilitó la difusión de su pensamiento. En 1749 el teólogo, hombre de ciencia y místico sueco Emmanuel Swedenborg describió, en un pasaje de su obra Arcana Coelestia, la tormentosa experiencia de Melanchthon acaecida tras su muerte.

Cuando terminé de copiar, miré al bibliotecario. Se había dormido sentado con el cuerpo echado hacia atrás, la boca abierta y la cabeza apoyada en el anaquel de los libros escolares. Y continuó así mientras busqué y al fin hallé una selección anotada de la obra de Swedenborg que el artículo citaba. Pero ya no tenía más tiempo para tomar apuntes en la biblioteca, y tuve que despertar al muchacho.

Le costó ubicarse en la situación, creo que en los primeros instantes no entendía qué era lo que estaba haciendo en ese lugar. Le dije que pagaría la cuota de socio que hiciera falta pero que necesitaba llevar ese libro ya mismo. Tomó el cuaderno de préstamos y me pidió los datos. Cuando le di mi nombre me miró, quiso saber si no era yo el forastero que estaba parando en el hotel, el amigo de Vieytes, y después me dijo que llevara, nomás, lo que necesitara, que lo de la cuota se arreglaba otro día. Miré el reloj: la una y veinte de la mañana. Por hoy me bastaba con el libro que había encontrado, y salí a la noche por la alta puerta principal de la biblioteca.

La primera duda, al regresar a la soledad de mi cuarto, fue si debía dejar asentado o no en el cuaderno de La Obra lo que realmente había ido a hacer a la biblioteca. En el libro de préstamos había quedado registrado mi retiro de *Arcana Coelestia*, y era probable que si la obsesión de Vieytes continuaba más allá del fin de la puesta en escena, en algún momento quisiera comprobar las huellas que habían quedado en Providencia después de esa alteración caprichosa de la realidad que él mismo había provocado. Yo estaba casi seguro de que Vieytes haría aquello con la misma avidez con que un director de cine quiere ver la primera edición de lo que ha filmado durante meses, pero aposté a la posibilidad mínima de que eso no ocurriera, y allí, sentado en la cama, con el cuaderno de La Obra sobre la mesa de noche, bajo la luz de la lámpara, comencé a falsear el registro de los hechos de ese día. Las anotaciones fueron pocas, apenas si describí mi regreso de la biblioteca, la escasa gente con la que me crucé en la calle, otra vez el aspecto de la recepción del hotel, todas rápidas insignificancias, pero ni una palabra de mi interés por Melanchthon y Swedenborg. La verdad a veces elige caminos laterales, ocultos; si nos obsesionamos con la realidad, podemos perder el rastro tenue que la verdad va dejando tras de sí. Esa noche, uno de esos rastros, pero no tenue sino evidente, muy claro, estaba en la página 315 del ejemplar de *Arcana Coelestia*, la obra que Emmanuel Swedenborg había escrito doscientos cincuenta años atrás y que ahora yo sostenía entre mis manos.

Los ángeles me comunicaron que cuando falleció Melanchthon le fue suministrada en el otro mundo una casa ilusoriamente igual a la que había tenido en la tierra. (A casi todos los recién venidos a la eternidad les ocurre lo mismo y por eso creen que no han muerto.) Los objetos domésticos eran iguales: la mesa, el escritorio con sus cajones, la biblioteca. En cuanto Melanchthon se despertó en ese domicilio, reanudó sus tareas literarias como si no fuera un cadáver y escribió durante unos días sobre la justificación por la fe. Como era su costumbre, no dijo una palabra sobre la caridad. Los ángeles notaron esa omisión y mandaron a personas a interrogarlo. Melanchthon les dijo: “He demostrado irrefutablemente que el alma puede prescindir de la caridad y que para ingresar en el cielo basta la fe”. Esas cosas las decía con soberbia y no sabía que ya estaba muerto y que su lugar no era el cielo. Cuando los ángeles oyeron este discurso, lo abandonaron. A las pocas semanas, los muebles empezaron a afantasmarse, hasta ser invisibles, salvo el sillón, la mesa, las hojas de papel y el tintero. Además, las paredes del aposento se mancharon de cal, y el piso, de un barniz amarillo. Su misma ropa ya era mucho más ordinaria. Seguía, sin embargo, escribiendo, pero como persistía en la negación de la caridad, lo trasladaron a un taller subterráneo, donde había otros teólogos como él. Ahí estuvo unos días y empezó a dudar de su tesis, y le permitieron volver. Su ropa era de cuero sin curtir, pero trató de imaginarse que lo anterior había sido una mera alucinación y prosiguió elevando la fe y denigrando la caridad. Un atardecer, sintió frío. Entonces, recorrió la casa y comprobó que los demás aposentos ya no correspondían a los de su habitación en la tierra. Alguno contenía instrumentos desconocidos; otro se había achicado tanto que era imposible entrar; otro no había cambiado, pero sus ventanas y puertas daban a grandes médanos. La pieza del fondo estaba llena de personas que lo adoraban y que le repetían que ningún teólogo era tan sapiente como él. Esa adoración le agradó, pero como alguna de esas personas no tenían cara y otras parecían muertas, acabó por aborrecerlas y desconfiar. Entonces determinó escribir un elogio de la caridad, pero las páginas escritas hoy aparecían mañana borradas. Eso le aconteció porque las componía sin convicción. Recibía muchas visitas de gente recién muerta, pero sentía vergüenza de mostrarse en un alojamiento tan sórdido. Para hacerles creer que estaba en el cielo, se arregló con un brujo de los de la pieza del fondo, y éste los engañaba con simulacros de esplendor y de serenidad. Apenas las visitas se retiraban reaparecían la pobreza y la cal, y a veces un poco antes. Las últimas noticias de Melanchthon dicen que el brujo y uno de los hombres sin cara lo llevaron hacia los médanos y que ahora es como un sirviente de los demonios.

La selección y las notas de *Arcana Coelestia* estaban a cargo del historiador norteamericano Edward Boyle, de Cornell University, quien tradujo la obra al inglés directamente del latín. En el extenso prólogo que abarcaba más de veinte páginas, Boyle hacía, básicamente, referencia a las múltiples facetas de la personalidad de Swedenborg y a la disímil trascendencia posterior de su obra. Decía, por ejemplo, que Ralph Waldo Emerson (por cuyo libro *Hombres representativos* Borges conoció a Swedenborg) admiró las semejanzas esenciales que el teólogo sueco utilizó para referir la correspondencia entre este mundo y el cielo y el infierno, y lo consideraba el “último Padre de la Iglesia”. Kant, en cambio, arrepentido de haber comprado los ocho volúmenes de *Arcana Coelestia*, creía que Swedenborg era un fantasioso vulgar y lunático que no merecía ser leído por ninguna mente razonable. Carl Jung recurría a Swedenborg cuando planteaba que para la psicología analítica no existe un alma individual, que los elementos individuales del alma son efímeros y perecederos, mientras que la parte impersonal de la psique pone en relación al singular con un alma única, común no sólo a los hombres sino también a la naturaleza: “El alma no ha nacido hoy —decía—, tiene muchos millones de años. La conciencia individual es solamente la flor y el fruto de una estación, germinada en el perenne rizoma subterráneo (...) En cierto modo somos parte de una gran alma unitaria, o, para expresarnos con Swedenborg, de un único, inmenso ser humano”. William Blake, por su parte, que en un principio fue un admirador incondicional de Swedenborg, varió luego la apreciación de su maestro para convertirse en lo que Borges denominó “el discípulo rebelde”, y ya no lo consideró mucho más que un soberbio fundador de sectas que creía que todos los hombres eran hipócritas y sólo él un hombre religioso. Renegaba de su prosa inflada, de su convencionalismo, de su escasa imaginación: “Cualquier hombre con habilidad meramente mecánica hubiera podido extraer de los libros de Paracelso y de Böhme diez mil volúmenes iguales a los suyos”.

Hacia el final del texto había una especial reseña de la curiosidad de Swedenborg por la matemática, pero antes Boyle citaba un artículo de José Martínez Aroza, de la Universidad de Granada, en el que se hacía un recuento de las distintas formas en que la humanidad se las ha ingeniado para contar. Comenzaba por los sistemas más primitivos, que se basaban en el número 5, en el 10 o en el 20, que están relacionados con los cinco dedos que el humano tiene en cada mano, o los 10 dedos de ambas, o los 20 si se toman manos y pies, cosa que ya describía Aristóteles. Boyle enumeraba luego varias excepciones hasta llegar a una cita de Woolsey Johnson, quien en 1891 escribía: “Como no cabe duda de que nuestros antepasados dieron nacimiento al sistema decimal usando los dedos para contar, debemos lamentar profundamente, vistos los méritos del sistema octonario, que incurrieran en la perversión de contar entre los dedos a los pulgares, no obstante haberlos diferenciado la naturaleza lo suficiente (o así debieron pensarlo) para salvar de tal error a nuestra raza”. El propio Emmanuel Swedenborg —continuaba Boyle—, en 1718, en un tratado que tituló *Un nuevo método de cálculo que pasa cuenta en 8 en lugar de en 10, como es costumbre*, da una nueva nomenclatura para los dígitos, y concluye: “Si la práctica de este uso y el uso de esta práctica llegan a dar su aprobación, imagino que el mundo

culto obtendrá ganancias increíbles de este cálculo octonario”. Por cierto —decía Boyle— que recientemente se ha descubierto que los cuervos son capaces de contar hasta 7, los ordenadores han venido desde muy atrás empleando aritmética octal (de base 8), y más recientemente, la aritmética hexadecimal, de base 16, cuyos dígitos se llaman por números del 0 al 10 y por las seis primeras letras los seis siguientes (del 11 al 16), ha llegado a ser una parte importante en el desarrollo de los ordenadores.

Más abajo había una tabla comparativa de los distintos sistemas de numeración: el decimal, el binario, el octal y el hexadecimal, hasta el número 20 del primero de ellos, que en los restantes es el 10100, el 24 y el 14.

Yo estaba convencido de que Vieytes había leído aquel libro, y más: quizás él mismo lo había llevado a la biblioteca. Pero más allá del libro y de las frecuentes referencias a Swedenborg que podían hallarse en la literatura occidental (las páginas escritas sobre el teólogo sueco conforman un volumen más extenso que la totalidad de su inmensa obra), tal vez el hecho determinante con respecto a Swedenborg y Vieytes hubiera sucedido aquel 16 de junio de 1978 en que Borges, en pleno desarrollo del Mundial de Fútbol en la Argentina, dedicó esa jornada, la tercera de su serie de conferencias ofrecidas en la Universidad de Belgrano, a la figura del místico sueco, considerado por él “quizás el hombre más extraordinario que registre la Historia”. De estas conferencias (que Vieytes mencionaba en uno de sus últimos mensajes desde Providencia, cuando yo me hallaba aún en Buenos Aires), Vieytes recuerda haber asistido solo a una de ellas, y por acompañar a una mujer, no por su interés en Borges. Ahora imagino que asistió justamente a ésa, a la de Swedenborg, y que al escuchar debió sentirse deslumbrado. No puede ser casualidad que en el mismo mensaje en el que habla de esas charlas Vieytes me dé a conocer, sin dar nombres, una variante de la historia ultraterrena de Melanchthon contada por Swedenborg, pero transmutada por él, por Vieytes, en la fábula de un humilde ferroviario que cree que ha sufrido un traslado en el trabajo, cuando, en realidad, lo que desconoce es que, imperceptiblemente, con sencillez, ha muerto.

Es en esa conferencia (basada en el prólogo que años antes había redactado para una edición en inglés de *Mystical works*) donde Borges plantea el singular trío conformado por Cristo, Swedenborg y William Blake. Ésa es la idea que más atrae al autor de *El hacedor*, y por eso cuando en un principio piensa en escribir una biografía de Emmanuel Swedenborg, cambia luego de parecer para abocarse a un libro sobre las tres salvaciones postuladas: la de Cristo, que es de carácter ético, la de Swedenborg, que es ética e intelectual, y la de Blake, que es ética, intelectual y estética. No me parece improbable que, al momento de morir, Borges haya tenido en mente la redacción de esa obra que ya no conoceremos nunca. Tampoco creo desatinado pensar que esa noche de invierno de 1978 un Vieytes que salía de la adolescencia descubrió un mundo que le era absolutamente extraño, y que a lo largo de su vida, después, imbuido de un misticismo creciente, desarrolló, con la convicción y la fuerza que suelen desplegar los conversos, como su propia visión de este mundo.

Ahora bien. A las cuatro de la mañana la luz de mi cuarto seguía encendida y el registro de La Obra no había crecido ni una sola línea. En la cama de enfrente continuaba desplegado el plano de Providencia y a mi lado, sobre el lecho, estaba el libro de Swedenborg abierto como a una claridad que, al menos en mi razonamiento, no había. Yo miraba a uno y luego al otro. Escudriñaba el plano y luego pasaba las hojas del libro esperando hallar en el aire viejo que salía de sus páginas algún tipo de idea que me trajera sosiego.

Podía entender que Vieytes no sólo estaba atravesando alguna especie de delirio místico

exacerbado, sino que estaba dispuesto a accionar sobre la realidad del mundo con toda esa carga emocional como trasfondo. Había una actitud soberbia en él, pero eso, hasta donde yo recordaba, lo había ostentado toda su vida. Sólo que ahora prometía el cielo, exigía que se creyera en él, decía que no iba a perder el tiempo intentando convertir fariseos: ¿la primera salvación? El plan urdido para representar La Obra era, aunque modesto, abarcador. Decía tener contemplado hasta el último movimiento a suceder en Providencia durante *su* día. Había manipulado la voluntad de mucha gente, e incluso la mía, que había tenido que convencer a Laura Cerri y a De Luca de que viajaran a Providencia sin tener idea de lo que allí estaba sucediendo. Vieytes debía creerse, en un punto, capaz de desplegar una lucidez superior, porque si no, no se habría embarcado en semejante propósito: ¿la segunda salvación? Todo iba a desarrollarse mediante una obra de teatro, es decir que todo su proyecto estaba bajo una mirada estética del suceder de las cosas, y ésa era una mirada propia de un artista: ¿la tercera salvación postulada?

Pedí a conserjería que me subieran un termo con agua caliente y me dispuse a la preparación del mate. Caminé por el breve espacio del cuarto, de la puerta de entrada a la ventana, fumando y tratando de entender qué era lo que había ante mis ojos y yo no alcanzaba a distinguir. Minutos después seguía recorriendo el mismo circuito mínimo de reflexión, pero ahora con el termo bajo el brazo y en lugar de cigarrillos, mate. Luego me senté al lado del plano, observé sus números, quise ver lo que no era evidente, lo di vuelta varias veces, lo miré al revés, busqué una lógica.

Había una lógica.

Todas las casas estaban identificadas con números que tanto pertenecían al sistema decimal, común, como al octal, propuesto por Swedenborg. En ese plano no había ningún 8 y ningún 9. Entonces tomé la hoja donde había anotado la biografía de Melanchthon y en el reverso comencé a diagramar la tabla de correspondencias entre un sistema y otro. Del 0 al 7 todo se mantenía igual, pero el 8 decimal era el 10 del sistema octal, y así llegaba al 16, que correspondía al 20 del sistema de base 8. Miré la tabla del libro. No me equivocaba. Según podía recordar, el ferroviario de la historia de Vieytes vivía en la casa 17. El 17 decimal era el 21 octal. El 21 era el número que en el plano de Providencia indicaba la casa de Claus Schwarzerde. Schwarzerde, que en alemán significa “tierra negra”, era el verdadero apellido de Philipp Melanchthon. Así, Melanchthon, había llamado Vieytes a Claus Schwarzerde. ¿Por qué lo llamaba así? ¿Para no enredarse la lengua con ese apellido impronunciado, como había dicho? Podía ser, pero ¿por qué Melanchthon, entonces? ¿Sólo para reproducir (para nadie, por otra parte) esa duplicidad de nombres pero invertidos y quinientos años después?

Me eché atrás en la cama, apoyé la cabeza en la pared y perdí la mirada en algún punto oscuro del pequeño pasillo de entrada. El agua del termo se estaba enfriando y el mate ya era de un verde oscuro que sólo me devolvía un sabor demasiado amargo. Por la ventana, que había quedado abierta, entraba un aire frío y ruidos apagados, distantes, de los movimientos que aún mantenían despierto al pueblo. Vi un pedazo de cielo negro e increíblemente estrellado. Con los años vividos en Buenos Aires ya había perdido esa noción de cielo limpio que sólo puede verse en el campo. Me acordé del alemán que, en La Plata, señalaba borracho las constelaciones a un padre de Vieytes que sólo quería irse a dormir. Enseguida sobrevinieron a mi mente imágenes del relato de Vieytes acerca de su padre y de la experiencia de éste con los alemanes.

De pronto me descubrí diciéndome que Vieytes lo llamaba Melanchthon a Schwarzerde porque para Vieytes, Schwarzerde, como Melanchthon, como el ferroviario de la historia, ya estaba muerto; aunque él mismo, Schwarzerde, al igual que el ferroviario, como Melanchthon, no tuviera ninguna forma de saberlo.

No puedo dejar de verme como un pobre farsante desorientado que trabajó para un lunático. Desde la soledad de este cuarto en el que al narrar a Vieytes me narro, veo, ahora, la necesidad del rol falsario que debí jugar en esta historia para que los hechos guardaran la prosecución que Vieytes les dispuso (salvo el final, pero aun el final entra en el terreno dudoso en que ha caído todo). Las razones que argüí para convencer a Laura y a De Luca fueron, como se ha dicho, creadas para engañar; el registro de los hechos de La Obra fue una sucesión de mentiras de las que, pese a todo, Vieytes no se enteró jamás; la trama conjetural que yo mismo construí para moverme ese día en Providencia pudo no haber sido más que eso, una invención que quizás haya propiciado hechos lamentables (no lo sabré nunca); e incluso esta historia que ahora cuento corre el riesgo de no ser más que un arbitrario modo de dar un orden al suceso. Pero la verdad es otra cosa.

La primera sensación de farsa la tuve a la mañana siguiente de esa noche en que, harto de elucubraciones, al fin me tiré en la cama boca arriba con los brazos abiertos a mirar el techo blanco del cuarto. Trataba de dejar mi mente del mismo color que el techo, y así, en algún momento, me quedé dormido. Por eso llegué a la estación de trenes sobre la hora.

En el andén no había más que un perro viejo, enfermo, un empleado sentado en el carro de las encomiendas y otro que fumaba apoyado en la pared, mirando a lo lejos la irreal unión de las vías, pensativo, algo encorvado, de espaldas al viento que lo enfriaba desde el sur. Me apoyé en una columna y uní mi vista a la del empleado. Le pregunté si el tren solía llegar a horario. Sin mirarme y sin ganas me contestó que no tenía idea. A los pocos minutos, a la distancia, se vio el faro encendido de la máquina que titilaba en el aire frío de la mañana.

Laura Cerri y Mario De Luca bajaron, juntos, del segundo vagón. Los vi honestos, cumpliendo lo prometido. Laura había tomado del brazo a De Luca y avanzaban despacio, solos por el medio del andén. De Luca cargaba un bolso de lona azul en el hombro izquierdo y uno más pequeño, de tela estampada, de aspecto femenino, que le colgaba del brazo. Parecían una pareja de turistas extraviados en la monotonía de la pampa. En ese momento sentí que yo no sólo estaba dentro de una obra de teatro, sino que, además, estaba representando una farsa propia, exclusiva, y que ningún error de actuación de cualquiera, en toda la jornada, podría, ni de lejos, compararse con el mío.

Así que después de desayunar en la confitería, luego de que Laura Cerri ocupara una habitación de la planta baja (porque así lo dispuso Vieytes) y Mario De Luca otra en el primer piso, nos reunimos en mi cuarto del piso de arriba y, como pude, les conté lo que estaba sucediendo, y a Laura que Providencia no era mi pueblo natal, y a De Luca que Vieytes no sólo estaba vivo sino que, de hecho, era el dueño de ese hotel, el director de La Obra, etcétera. Pero no me animé a hablar de la investigación de la biblioteca ni de Swedenborg ni de los presuntos delirios místicos de Vieytes y mucho menos de mi sospecha de que planeaba un asesinato. Esto quería decir: no pude ofrecerles toda la verdad, lo cual es otra forma de engañar. Esa mañana tomé conciencia de que a partir de aquel inesperado mensaje de Vieytes para que nos encontráramos en el bar de la

calle Espinosa, en Buenos Aires, la percepción que yo tenía de mi vida era de una cadena de verdades parciales dentro de un tiempo quebrado. Esto es: nada era lo evidente, la genuina razón de los hechos parecía ser esa cosa inasible, no errática pero esquivada que es la fatalidad. Y toda fatalidad, que yo supiera, tenía siempre un destino.

Al mediodía Vieytes me llamó por teléfono para decirme que nos veíamos en diez minutos en el andén de la estación. Allí, sentados en el mismo banco donde él me esperara dos noches antes, mantuvimos un diálogo confuso y reservado, mezquino en todo lo que fuera dar a entender al otro lo que se piensa, ofrecerle claridad, porque ambos teníamos cosas que ocultarnos. Un diálogo agazapado.

Vieytes llegó primero y me recriminó los cinco minutos de mi demora. Me recordó que esa jornada en Providencia era un mecanismo de relojería y que una distracción, un retraso, podía alterar para siempre el curso de los hechos. Tenía un bolso a su lado. Estaba serio. Los anteojos y la barba encanecida parecían ocultarle a medias un semblante preocupado o de cansancio que, sin embargo, no hizo desaparecer algún retraído gesto de cortesía hacia mí. Lo primero que quiso ver fueron las anotaciones de mi cuaderno, pero me encargué de dejarle en claro que eso era algo que le mostraría al final de la jornada porque, dije, la totalidad de lo observado, la forma final de lo escrito afectaba a todas y a cada una de las partes, a lo parcial. Me miró, no hizo ningún comentario, y enseguida me pidió que me sentara.

—Gauna —dijo—, hasta ahora La Obra ha sido un juego intrascendente incapaz de cambiar la vida de nadie. ¿Qué pudiste ver? Hechos cotidianos, cosas simples, insignificancias que a lo mejor dudaste en anotar en el cuaderno. A medida que la tarde avance, en cambio, el aire de este pueblo va a empezar a enrarecerse, como se enrarece el aire de las tormentas. ¿Cuál es la idea? Que la vida transcurra tal cual es, no como hasta ahora. La vida es el territorio de la violencia —mientras hablaba, no dejaba de mirar hacia los galpones de la estación que brillaban al sol; había puesto el teléfono sobre las piernas cruzadas, pero apagado—. La gente no es más violenta porque tiene miedo. Vos sabés que el cielo y el infierno son destinos finales que uno elige. Nadie está condenado a nada desde el vamos. Lo que quiero es que por lo menos en este día, hoy, acá en Providencia, la gente pueda elegir en libertad.

Giró hacia mí y me miró. Lo miré. Había la insinuación de una sonrisa en su boca. Creo que esperaba que le preguntara algo, que le pidiera explicaciones. Pero me quedé en silencio.

—Hoy a la tarde —dijo, entonces— va a haber enfrentamientos, vas a ver el odio y los rencores a la luz del sol. Un pueblo como éste, así, chiquito, encierra viejas pasiones, mucho malestar en la memoria de la gente. Es difícil olvidar cuando la cercanía del otro te recuerda el pasado todo el tiempo. En este pueblo hay criminales impunes, traidores respetados, abuelitos victimarios que juegan con sus nietos, que también son nietos de la víctima. ¿Querés ver la perversión más infame, Gauna? Mirá esta gente. Mirá ese hombre, el que va cruzando las vías, el de camisa azul. Hoy es el cartero del pueblo. Pero por hoy, nada más. Ayer fue y mañana volverá a ser el prestamista de Providencia, que ni siquiera trabaja con dinero propio. O la mucama que viste esta mañana en el hotel, en la conserjería: tiene un hijo desaparecido, un pibe que estudiaba en La Plata y un día no volvió más. ¿Quién le dio los datos a la policía? Otro hijo del pueblo; adoptivo, pero hijo del pueblo, que hoy es un señor. Entre tantos inocentes que sufren también están los de la raza de Caín, Gauna. ¿Querés un cigarrillo?

Acepté. Fumamos. El humo del tabaco desaparecía al instante llevado por el viento que atravesaba de lado a lado el andén. Por minutos estuvimos así, en silencio, y yo dudando si le preguntaba o no lo que quería saber, o si seguía escuchándolo con la intención de descifrar datos,

anticipos que él no iba a concebir como indicios sino como juegos privados ante un pobre diablo que ignoraba todo y que, necesariamente, no podía entender lo que se le decía. Ahora Vieytes había dejado el teléfono sobre el bolso, había apoyado los codos en las piernas abiertas, había encorvado la espalda y miraba hacia adelante con un expresión doliente. Por momentos abría las manos, en silencio, sólo para él, en un gesto que mostraba lo claro que estaba todo, lo fácil de ver que era el trasfondo de las cosas, la línea que unía los planos de lo real con lo verdadero.

—Todo esto me da tristeza, Gauna. Vos sabés que yo crecí en este paisaje, entre esta gente. Son mis hermanos, son mis hijos. No puedo vivir tranquilo si no hago algo más por ellos.

—¿Algo como qué? —pregunté de la manera más indiferente, más neutra que pude.

—Algo, no sé. Despertarlos —dijo Vieytes—, devolverlos a su condición natural, volver a situarlos en el camino. Yo sé que hay responsabilidades distintas, que no todos eligieron la misma condena. Por elección o por circunstancias de la vida, pero no son todos iguales.

—Supongo que no —dije.

—Suponés bien. ¿Vos por dónde empezarías?

Largué el humo. Tosí. Mantuve el silencio aun a riesgo de que mi renuencia quedara fácilmente expuesta.

—¿Um? —me apuré.

—No sé. No los conozco, no sé sus historias. Pero no creo que les haga falta un redentor.

Sonrió.

—¿No los ves? ¿No los estás viendo? ¿Qué pasa, Gauna? ¿Te volviste uno de ellos? Están tristes, llevan vidas de mierda, en un punto ya están muertos.

Me paré. El sol del mediodía comenzaba a dar en el extremo del banco que yo ocupaba, y hacía calor. Me alejé unos metros. Ahora que lo veía de frente podía apreciar mejor la tristeza en el rostro de Vieytes, que casi miraba al suelo. Tenía lágrimas en los ojos y creo que no alzaba la vista para ocultarlas. Pese a todo, no era distinto de aquel grandulón que años atrás había aparecido en mi casa a contarme el secuestro de su padre. Sentí ganas de abrazarlo, pero no pude ni acercarme a él. Le pregunté si se sentía bien.

—Sí —dijo—. Tan bien como no me viste nunca, Gauna. Un poco emocionado, no más. Pero es lógico.

Entonces abrió el bolso y sacó un paquete con sándwiches de miga, una caja de vino tinto y dos pequeños vasos plásticos.

—Vení, almorcemos —dijo—, que quién te dice no sea la última vez que comemos juntos.

Me senté a su lado. Me ofreció la bandeja con los sándwiches y me sirvió un vaso de vino. Brindamos por La Obra, pero antes de beber Vieytes agregó otra razón: De Luca y Laura Cerri, que a esa hora descansaban en el hotel. Parecíamos, pero como en un dibujo, de un modo paródico, dos viajeros que, con tiempo, aguardaban la llegada del tren. O mejor, que ya lo habían perdido.

—Laura y De Luca son dos buenas personas que merecían estar en Providencia, por eso los traje. Incluso merecen estar acá —dijo, señalando con insistencia al piso de cemento, entre él y yo, un poco por delante del banco que compartíamos—. Pero tienen que descansar, hay que respetarlos. Con que estés vos me alcanza. Laura es la mujer que amé toda la vida, no te había dicho eso ¿no, Gauna? ¿Te contó? Laura me conoce, sabe bien quién soy. Incluso en México estaba Laura. Me gusta decir su nombre: Lau-ra, Lau-ra. Suena a Beethoven en el principio de *Los Adioses*. Cuando hice *Stéfano* en Montevideo yo le decía a Pastore: “Beethoven murió en una cama llena de bichos”, y decirlo me hacía estremecer. Un condenado. Otro más. Con Laura

conocimos juntos esas cosas, conocimos todo juntos. Ella trabajaba en casa pero casi nadie lo sabía. Era de esas mujeres que deben ocultarse para que el pasado no las encuentre y las sujete a la culpa. ¿Pero cuál de todos éstos puede condenar a Laura? —señaló por sobre un hombro hacia el pueblo que había detrás, hacia Providencia—, ¿no, Gauna? Toda la vida he querido tener los cojones que Laura no tiene. De Luca, en cambio, es un pobre tipo; pero pobre para la sociedad de mierda que lo hizo pobre, empobrecido: trabajo, familia y casa. El engranaje para que todo funcione. ¿Pero sabés todo lo que era De Luca, hace mucho, cuando robábamos garrafas de los patios? De Luca robaba y con eso compraba cigarrillos, fiambre y pan para los del barrio. Era así. Después tomó el desvío, le hizo mal Buenos Aires. Ahí se volvió engranaje. El verdadero De Luca, mi hermano, está dormido, anestesiado. Él es uno de los que va a despertarse, Gauna. Y como él la mayoría. Y después estás vos, a medias entre De Luca y Laura. Vos sos el único que va a entender todo, porque vas a contarlo, ya lo estás contando. Vas a ser el encargado de llevar la buena nueva. Todo lo que sucede tiene que tener alguien que lo registre, alguien que después se lo haga saber al resto. Un hecho que no es contado no sucedió nunca, Gauna. Curiosamente, a Troya la salvó Homero. Yo te elegí para eso. Vos trabajás con las tramas como un albañil con los ladrillos. ¿O no es tu trabajo, ése? Ya tenés los elementos, ya podés contar la verdad a la gente. Ahora tenés que ser agudo y animarte. Antes de que acabe el día, Gauna, vamos a saber si sos un hombre de fe o un tipo capaz de negarme tres veces.

Nunca sabré si Vieytes refirió a la tormenta sólo para ilustrar lo que dijo o si de algún modo sabía que a media tarde, sobre Providencia, iba a desatarse un temporal que dejaría al pueblo sumido en barro, en tonos grises, en una ausencia de luz que lo volvió más triste. Ya antes de las seis las calles fueron difíciles de cruzar, los focos del alumbrado público se encendieron, en los interiores fueron apareciendo luces que en el contraste con el fin de la tarde no pasaban de un ámbar claro, como si adelantaran la noche que avanzaba. Casi no hubo una cuadra sin ramas rotas o caídas, o sin papeles atascados en los charcos, o sin la hondura paralela de las huellas de los autos. Desde la ventana del hotel describí como pude la tormenta en el cuaderno de La Obra. El fenómeno me ayudó a llenar dos páginas, pero yo bien sabía que Vieytes no me había traído para registrar el agua, los relámpagos o el viento que atravesó Providencia. Las impresiones del temporal, sin embargo, fueron lo último que escribí en ese cuaderno que en realidad no cumplió con su propósito, porque a las pocas horas, con los hechos de la noche, también él iba a desaparecer en el desorden, en el caos oscuro en que terminamos todos. Antes del relato de la tormenta hice otro, minucioso, de lo que yo creí era una de las historias que Vieytes me había adelantado en su momento; sin embargo, a medida que el suceso prosperó, supe que también era cierto aquello que dijera Vieytes acerca de que él tiraba líneas a los actores para que ellos después, variándolas, pudieran crear lo suyo. Casi se me fue la siesta en ese asunto, porque al regresar de la estación, luego de la charla con Vieytes, me crucé en una de las esquinas con un Chevy rojo igual al que él me había descripto en la primera charla en Buenos Aires. En el cuaderno de La Obra describí detalladamente mi persecución del auto, mi entusiasmo porque lo veía ir y venir de una casa a otra cada poco más de quince minutos, pero no había micro en la historia, o yo no había descubierto aún la trama paralela que lo completaba, y poco a poco mi interés por lo que podía estar ocurriendo comenzó a decrecer hasta que al fin abandoné todo y empecé a caminar hacia el hotel con la intención de dormir la siesta.

Más tarde, mientras veía caer el agua tras la ventana de mi cuarto, mientras me sorprendía viendo las ramas de los árboles inclinándose onduladamente juntas hacia el norte y todo Providencia se mojaba, desierto, bajo un cielo de relámpagos, sentí que si en ese mismo momento no hablaba con Laura y con De Luca me estaba quedando con algo que no era mío. Me pregunté, incluso, al momento de cerrar el cuaderno de La Obra (sin saber que era la última vez que lo hacía), si el propio Vieytes no habría dispuesto el suministro de la información de modo tal que yo pudiera descifrar las claves y, ya descifradas, se me hiciera irreprimible compartirlas. ¿Disfrutaba Vieytes de que tratáramos de evitar (con muy pocas posibilidades de lograrlo) lo que suponíamos que él iba a hacer? ¿Jugaba con nosotros o, por el contrario, éramos nosotros los que jugábamos con una idea que a él nunca se le había ocurrido?

No fue necesario buscar a Laura y a De Luca; el encuentro se dio naturalmente. Antes de las siete de la tarde los hallé en la confitería del hotel conversando casi en voz baja, uno enfrente del otro, sentados a la mesa más oculta de la confitería. Una aralia crecida los ponía a salvo de las miradas de los que entraran por la puerta interna, que comunicaba con la recepción del hotel, y

una columna redonda, recubierta en madera, los cubría de una buena parte de los vidrios que daban a la calle. Cuando me vieron —fue Laura la que avisó a De Luca que yo acababa de entrar— me hicieron señas de que me uniera a ellos.

Los vi tranquilos y, en apariencia, ya sin secuelas del desconcierto que les había causado enterarse de que Vieytes estaba vivo, de mi trabajo para él y de la realidad ficticia de Providencia; por eso me animé a contarles —apurado, culposo— mi sospecha de que Vieytes, ahora, además, planeaba asesinar a Claus Schwarzerde.

Hice una primera versión de lo que había investigado, pero yo mismo me di cuenta de que estaba siendo confuso, y enseguida De Luca y Laura me dijeron que se perdían en el relato. Querían menos detalles y que hablara más despacio. Comencé otra vez, y ahora con cada nombre nuevo que fue apareciendo puse un pocillo adelante, ubiqué una cucharita detrás del pocillo, dejé una servilleta entre ambos, corrí el vaso de agua a un costado, volví a mover el pocillo; reproduje sobre la mesa la secuencia de mi pesquisa ante el interés de Laura y De Luca, que cada tanto alzaban la vista y me miraban. Cuando terminé, Laura había tomado su café y miraba el desorden de la mesa. Interrogó con la vista a De Luca. De Luca echó su cuerpo atrás, colgó los brazos del respaldo de la silla y suspiró, entre el fastidio y la resignación. Sin hablar, miró hacia la calle.

Cerca de la máquina de café los dos empleados conversaban en voz baja, sin que lo que decían llegara a nosotros. En el extremo izquierdo de la barra distinguí, sentados como al descuido, al hombre de traje blanco y a la mujer de saco rojo que Vieytes me había anticipado en otra de sus historias. Pero en la confitería no había ningún circuito interno ni televisor en el que el hombre de blanco pudiera primero buscarse y luego, desconcertado, no hallarse.

De pronto, Laura se agachó, abrió su mochila y sacó una pequeña libreta y una lapicera.

—¿Conocen a Claus Schwarzerde? —preguntó.

De Luca dijo que no. Yo dije que de vista no.

Laura corrió el pocillo y un plato hacia el centro de la mesa y comenzó a dibujar en la libreta. Un momento después dijo:

—Este es Claus Schwarzerde, o así era hace unos años. Pongamos que ahora está un poco pelado, más gordo, que tiene las mejillas caídas —corregía el dibujo a medida que proyectaba en el tiempo la imagen del alemán que guardaba en la memoria—, pero hoy debe ser alguien más o menos así —dijo, y giró el dibujo hacia nosotros.

Lo que nos mostró fue el rostro redondo y apacible de un anciano de rasgos delicados, de ojos claros y pelo corto, pero sobre todo de una mirada parecida a la de los santos en las estampitas. Me sorprendió la facilidad con que Laura pudo dibujar esa expresión en un rostro humano.

—No me imaginé que conocieras a Claus Schwarzerde —dije.

—Conozco la historia, sé quién es —dijo—, y, la verdad, lo único que me preocupa es que Vieytes haga bien las cosas. Quiero decir: si ustedes están pensando en detener a Vieytes, allá ustedes, pero ni se les ocurra contar conmigo.

Los sucesos de la noche, para mí, comenzaron unas pocas horas después y en el momento en que De Luca, mojado, con agua cayéndole por la frente hasta las cejas arqueadas, con gotas bajándole por el rostro hacia los bigotes que parecían flotar sobre las palabras, se apuró a decirme:

—Gauna, hay gente armada en la delegación, y están furiosos.

Eran las diez de la noche y estábamos en el kiosco de la estación de servicio. La lluvia no dejaba de anegar las calles. Yo abría un atado de cigarrillos cuando lo distinguí entre las sombras.

Había llegado corriendo, habló agitado, miraba hacia atrás como si lo persiguieran. Le pedí que se calmara. Le pregunté por Laura. Me dijo que habían estado juntos hasta hacía un rato pero que en medio del gentío se habían perdido de vista.

En el bolsillo interno del impermeable yo llevaba, doblado, el cuaderno de La Obra, y quise anotar el desconcierto que De Luca mostraba en ese momento. Me senté en una lata de aceite y saqué el cuaderno. De Luca me miró extrañado, me preguntó si justo ahora iba a ponerme a escribir. Le dije que era lo que tenía que hacer. Me tomó del brazo y casi me puso de pie. Mejor nos íbamos para la delegación, dijo; quería, por lo menos, saber en qué andaba Laura.

Todo Providencia estaba en la esquina de la delegación. La gente había traído carteles que insultaban al delegado y le pedían que se fuera. A los costados del gentío había cuatro policías que observaban la concentración como se mira un partido de fútbol: daban órdenes a los manifestantes, hablaban con el que estaba al lado, gritaban todo el tiempo. Lo mismo pude ver en los bordes de la reunión: sólo los que estaban más adelante y al medio parecían cumplir con las indicaciones que seguramente les había dado Vieytes; pero hacia atrás, hacia los lados, la gente no se veía integrada a la escena y observaba a los de adelante sin el más mínimo compromiso. Desde la calle, frente a la delegación, donde se reunía la mayoría, llegaban cánticos y golpes de tambor y bombo, y había algunos que por detrás de los policías ensayaban una murga desvirtuada en medio del barrial que era la calle. A nadie parecía importarle la lluvia que empapaba a todos por igual. Dentro de la delegación habían encendido todas las luces. Por una ventana se asomaba y luego se ocultaba, reiteradamente, un anciano de anteojos que tomaba fotografías como si estuviera disparando tiros a la multitud.

—Es Tuñón —dijo a mi lado un hombre que me oyó decirle algo a De Luca acerca de las fotos—. Hace de fotógrafo pero es fotógrafo.

Miré al hombre. Tenía las manos en los bolsillos y parecía divertirse. Llevaba puesto un guardapolvo blanco, de maestro, y cubría como podía de la lluvia los libros que llevaba bajo el brazo. Me dijo que era panadero pero que había dado clases en la escuela toda la tarde. Conocía mi nombre y sabía que yo estaba allí por Vieytes. Le pregunté qué iba a pasar ahora.

—No sé —dijo levantando una mano, la palma hacia adelante—. Sabrá Dios.

Caminé despacio hacia la izquierda para ver mejor lo que ocurría en la puerta de la delegación, y entonces vi las armas de las que De Luca me había hablado. Había dos hombres con palos gruesos y dos más que empuñaban revólveres o pistolas que apuntaban hacia el suelo, casi por debajo de las camperas. Pregunté a De Luca si había más. Me dijo que sí, que él las había visto y Laura también, armas largas.

—Armas de caza —dije—. Carabinas y escopetas. Todo el mundo caza en estos pueblos.

Hubo un relámpago prolongado y luego un trueno que reverberó en la noche hasta que un nuevo aguacero empezó a caer sobre nosotros. Algunos corrieron a guarecerse bajo los árboles de la vereda.

—¿La ves a Laura? —me gritó De Luca, que había cubierto su cabeza con la campera y me hablaba como de adentro de una carpa.

Le hice señas de que no. Pero enseguida me pareció verla correr por el frente de la delegación hacia la oscuridad de la mitad de cuadra, y empecé a caminar rápido hacia ella. De Luca arrancó detrás de mí y atravesamos charcos y empujones de la gente hasta que al fin pude ver a Laura detenida en un zaguán encendiendo un cigarrillo. Nos vio llegar corriendo, sorprendida, y

preguntó qué pasaba. Lo mismo le pregunté yo.

—Quieren la renuncia del delegado —dijo—. Pero hay un grupito que quiere matarlo. ¿Dónde está Schwarzerde?

Recién entonces comprendí lo que podía estar ocurriendo. Entré en el zaguán, tomé el teléfono y marqué el número de Vieytes.

Vieytes respondió enseguida, con tranquilidad, sin saludos:

—Rompiste las reglas, Gauna. ¿Qué pasa?

Le dije que había gente armada frente a la delegación, le pregunté si todo estaba bajo control.

—La escena tiene potencia dramática —dijo—. Está saliendo bien. Quedate tranquilo.

Me pareció oír música por detrás de sus palabras; no se oía el ruido de la calle.

—¿Dónde estás? —pregunté.

Hizo un sonido extraño con la voz, pero no distinguí si se había reído, si había renegado o si tenía carraspera. La señal del teléfono no era buena.

—Acá, en todas partes —dijo, y cortó.

El actor que hacía de delegado se llamaba Héctor Reyes, era dueño de la estación de servicio y presidente del club Atlético, pero sobre todo no era Schwarzerde, que era lo que me importaba. El delegado, esa noche, fue sacado a empujones de su despacho, en la puerta de calle ataron sus manos a la espalda y lo hicieron caminar por un estrecho pasillo que formó la gente a lo largo de varios metros y en el que lo insultaron, escupieron e intentaron agredirlo, entre el barro y bajo la lluvia, hasta que al fin fue subido a una camioneta en la que tres manifestantes se lo llevaron con rumbo desconocido. Al rato Providencia ya tenía un nuevo delegado y lo que antes había sido una reunión tensa se convirtió ahora en una fiesta popular bajo la lluvia. El flamante funcionario saludó desde una de las ventanas, hizo dos o tres promesas que la gente aplaudió como si le fueran sorpresivas y para las once de la noche comenzó la desconcentración que devolvería la esquina a la normalidad: las luces apagadas, la delegación cerrada y unos pocos perros que habrán husmeado en el barro los rastros equívocos de otros perros que bajo la lluvia acompañaron a sus dueños.

Para entonces Laura, De Luca y yo ya nos habíamos retirado del lugar. Nos fuimos en cuanto pudimos saber que el verdadero apellido del delegado era Reyes y no Schwarzerde. De eso se encargó Laura, que buscó al panadero maestro y desde su condición de forastera obtuvo el dato que nos tranquilizó. Después volvimos al hotel, donde, sin mucho sentido, nos cambiamos de ropa (que volveríamos a mojar al rato) y luego nos reunimos en la confitería para tomar el último café de ese día extraño, minutos antes de que las campanas de la iglesia llamaran a la misa con la que Vieytes había dispuesto darles un fin común al día y a La Obra.

Contar lo que ocurrió en la misa, ahora, se parece a imaginarlo. Estoy viendo a Laura entrar en la iglesia y a De Luca por detrás. Voy a la izquierda de los dos. Caminamos arrastrando cada uno una intuición, y no hay en el rostro de la gente que nos mira ningún gesto que pueda desalentar mi mala idea de la tragedia.

Veo indolencia en nosotros. No sólo en Laura, como es lógico, sino también en De Luca y en mí, en nuestra manera de subir la escalinata hacia la puerta de la iglesia, sabiendo, como sabemos, que detrás de ella nos aguarda la forma imprecisa del fin que Vieytes ha dispuesto. Ya estamos, otra vez, los tres mojados hasta los huesos porque no deja de llover en Providencia, y el viento que arrastra ramas en la calle y en la esquina golpea las persianas de la biblioteca. La presencia del temporal, sin embargo, se apacigua tras las puertas de la iglesia. Muy poco llega hasta allí el ruido de la noche. En cambio hay olor a incienso y un aire frío, y en el aire un suave rumor iluminado por lámparas amarillentas y las pocas velas que cercan el altar. La gente nos mira cuando avanzamos —Laura adelante, De Luca después, yo último— por el pasillo en busca de un banco que, más que ubicarnos, nos oculte a las miradas de los rostros que desconocemos. En cada punta de banco hay paraguas chorreando agua. Cada poco más de un metro hay agua en el pasillo. La iglesia está repleta. Falta media hora para las doce y sobre el murmullo de la gente se oye la voz de una anciana que reza de frente a todos y a un lado del altar.

Nos ubicamos en un banco menor, al lado de una columna que muestra una de las estaciones del calvario. De Luca se ha arrodillado y acompaña en silencio el rezo de la anciana. Laura está a mi lado, a mi derecha —de pie, como yo, con las manos unidas a la espalda—, recorriendo con la vista la profusión de imágenes que nos asalta desde cada rincón de la iglesia. Cada tanto oímos la puerta de entrada que se abre y vemos más gente que llega a la celebración. Miro a De Luca: me cuesta creer que se tome en serio esa misa de fantasía, que esté sumando a La Obra, ingenuamente, su sentido religioso verdadero.

Debo demorarme en la observación de De Luca, porque enseguida Laura se inclina, se acerca a mí para decirme casi en un susurro que ella sabe lo que estoy pensando y que no es fácil entender las cuestiones de la fe. Hay una sonrisa en Laura. La siento cómplice. Después me dice que o bien lo de De Luca es pura, sencilla inocencia o bien ha decidido entrar en la ficción y está actuando sin avisarnos. Laura calla y mira hacia adelante porque de pronto se hace silencio, la gente se pone de pie y aparecen por el fondo de la iglesia los monaguillos, dos, y el cura que va a officiar la misa.

—Ahí está —dice Laura.

Claus Schwarzerde camina despacio hacia el altar. Bajo las luces débiles de la iglesia su rostro adquiere una tonalidad rojiza que lo acerca al dibujo que de él había hecho Laura, pero coloreado. El monaguillo que va a su izquierda es un adolescente rubio, de una franca timidez que no le permite siquiera levantar la vista. El de la derecha, en cambio, es un hombre maduro, de pelo negro, que mira a los feligreses como si pasara revista en un cuartel. Schwarzerde lleva las manos unidas por las palmas en el pecho. Se lo ve seguro. A medida que se acerca lo noto más anciano

que el dibujo que nos mostró Laura. En alguna parte ha comenzado a sonar un órgano demasiado eléctrico para la ocasión. Las notas se confunden en un eco constante que satura el aire de la iglesia y no dejan oír el viento y la lluvia que azotan Providencia. Pienso en el hotel, en la estación desierta, en las calles embarradas, en los alambrados caídos en las afueras del pueblo, en la vacilación de las pocas luces con que, visto a la distancia, el pueblo natal de Vieytes puja por irrumpir en la llana superficie de la pampa.

Schwarzerde está llegando al altar, dispone de un modo distinto el libro y el atril que hay encima, abre los brazos y dice “sentémonos” ante el micrófono que lleva su voz hacia los varios parlantes que, como las estaciones del calvario, uno por columna, se extienden regularmente hacia la entrada. Nos sentamos todos. Enseguida, en cada columna de la iglesia queda unida una estación del calvario a la voz metálica de Schwarzerde que nos llama delicadamente “hermanos” y da comienzo a la misa.

De Luca, asomándose por detrás de Laura, me mira y baja la cabeza un instante, asiente, me está diciendo en silencio que sí, que lo ha reconocido. Luego mueve los labios con exageración. Puedo entender que quiere saber de Vieytes, pero sólo atino a levantar los hombros y a arquear los labios hacia abajo. No sé. Él vuelve a ocultarse tras el perfil de Laura, que sólo cuando ambos, cuando De Luca y yo volvemos a la postura erguida, mueve la cabeza muy despacio para buscar con insistencia mi mirada. No la miro. Entonces se inclina y me pregunta si de verdad no sé dónde está Vieytes. Vuelvo a decir que no sé. Hay un breve toque de su codo en mi costado y una señal apenas perceptible de su mentón hacia adelante y a la izquierda. Miro. A pasos de nosotros, solo, en el sitio más oscuro de la iglesia, veo a Vieytes en cuclillas, unos metros por detrás de la fila de columnas y con la espalda apoyada en la puerta del confesionario.

Después, no puedo dejar de observarlo, a él y a la increíble quietud que conserva durante el desarrollo de la misa: la vista fija en el sacerdote, ambos brazos reposando sobre las piernas flexionadas, las manos cayéndole por delante de las rodillas en una postura casi animal. Le son ajenos los detalles del ritual: pararse, arrodillarse, responder las palabras pautadas al fin de cada intención de la anciana que lee a un lado del altar. Cuando la mujer termina (pero sin que en Vieytes haya ningún cambio), es Schwarzerde quien se santigua y comienza la lectura de los *Evangelios*:

—Jesús dijo a su rebaño: “Vine a traer fuego a la tierra, ¡y cuánto desearía que ya estuviera ardiendo! Pero también he de recibir un bautismo, y ¡qué angustia siento hasta que se haya cumplido! ¿Creen ustedes que yo vine para establecer la paz en la tierra? Les digo que no, sino la división. En efecto, de ahora en adelante, en una casa de cinco personas habrá división, tres contra dos y dos contra tres; división de padre contra hijo y de hijo en contra de su padre, de madre contra hija y de hija en contra de su madre, de suegra contra nuera y de nuera en contra de su suegra”. Decía además Jesús a la gente: “Cuando ustedes ven una nube que se levanta al poniente, inmediatamente dicen que va a llover, y así sucede. Cuando sopla el viento sur dicen que hará calor, y así sucede. Hipócritas, saben interpretar el aspecto de la tierra y del cielo, ¿cómo, pues, no comprenden el tiempo presente? ¿Y por qué no juzgan ustedes mismos lo que es justo?”. Es palabra del Señor.

Cuando Schwarzerde termina de leer, Vieytes está en el mismo lugar de siempre, pero de pie. Está vestido con ropa oscura, por eso es difícil distinguir lo que hace. Veo, sí, la barba encanecida y, cada tanto, cuando se mueve, algún reflejo apagado en sus anteojos. Ahora empieza a caminar hacia la entrada. Va despacio por el lateral de la iglesia, parece un feligrés más que se retira. Laura también lo ha visto moverse, por eso vuelve a tocarme con el codo en el costado. Al llegar

a la altura de nuestro banco, con la misma parsimonia con que ha hecho todo, Vieytes gira a la izquierda, camina hacia nosotros y se instala justo a mi lado, casi en el pasillo. Me corro un poco para darle más lugar a su cuerpo enorme. Nos corremos. Los tres, de derecha a izquierda, lo miramos a los ojos y él nos mira. Sonríe. Se inclina un poco para ponerse a mi altura y me dice que llegó la hora, que la fiesta ya está a punto de terminar.

Hay un relámpago que retumba incluso dentro de la iglesia. La gente murmura mientras el sacerdote, Schwarzerde, prepara el altar para la eucaristía. Faltan cinco minutos para la medianoche, para que atravesemos la línea del día y se acabe la ficción en Providencia.

Entonces Vieytes, lentamente, comienza a irse de mi lado. El aire que desplaza su cuerpo al alejarse es un aire frío que envuelve a los que nos quedamos. Él está yendo hacia la entrada pero no camina, yo veo que se desplaza él también, como el aire, por entre el aire que agita. Pronto va a desaparecer de mi vista si no giro mi cuerpo para seguir sus pasos. Me doy vuelta en el banco y quedo de frente a los otros, a los del banco de atrás, que quitan la mirada al cura y me observan sorprendidos. Laura y De Luca van a preguntarme, en silencio —lo sé—, sólo con el modo suave de los gestos, qué es lo que estoy haciendo, pero en cambio giran ellos también y comienzan a ver lo que yo veo. Vieytes ha entrado en la fila de bancos por la primera división, por el espacio que antecede al primer reclinatorio del segundo sector, y está llegando al pasillo central de la iglesia. Pero sólo ante la vista de nosotros parece llegar, porque el resto de la gente no ha reparado en él o ha decidido no verlo. Se mueve despacio, con los brazos caídos a los lados del cuerpo, poco animado por lo que sea que vaya a hacer. Cuando entra en el pasillo me doy cuenta de que debe estar en el centro exacto de la iglesia, en el punto donde, visto de arriba, debe convertirse en el núcleo de lo que sucede y nosotros, todos, en su periferia. Lo que hace Vieytes, enseguida, en cuanto detiene su andar, es alzar la cabeza, erguir su cuerpo, abandonar la postura de fiel sumiso al falso cura y llamar, sí, la atención de todos cuando, con las piernas abiertas, como si resistiera a un viento que no hay, lanza hacia el altar (hacia Schwarzerde o hacia Dios, es imposible saberlo) su voz que suena como un trueno:

—¡Padre! —grita.

Afuera, en el cielo, hay un relámpago que entra por los vitrales y las luces de la iglesia titilan. Por un momento quedan sólo las velas iluminando muy poco lo que sucede. Schwarzerde, que está a punto de levantar el cáliz, lo deja, en cambio, sobre el altar, abre los brazos y lo mira. Vieytes está empuñando un arma con ambas manos y lo apunta, camina hacia el frente, pero pronto vuelve a detenerse y grita «¡Padre!» otra vez justo antes de que el trueno tardío del relámpago nos haga estremecer a todos, se apaguen las lámparas de las columnas y la oscuridad en la que de pronto nos sumimos nos vuelva ciegos al estruendo de los disparos y al escándalo que provocan.

Cuando la luz, tras segundos, vuelve, Schwarzerde está caído sobre el altar con los brazos hacia adelante, como si lo abrazara. Vieytes está en el suelo, de costado, con el rostro, los ojos que ya no ven, vueltos hacia la mancha oscura que la sangre, como una sombra, empieza a formar por debajo y a lo largo de su cuerpo.

Epílogo

Ayer llovió todo el día en Buenos Aires y recién ahora, en este amanecer de verano, he podido abrir la ventana para que el aire entre y me despeje. Hay perfume de flores en la brisa que llega a mi escritorio y mueve el papelito que Vieytes me entregó en el bar de San Martín, la noche que me dio a conocer los nombres de Laura Cerri y de De Luca para que yo los convenciera. Bajo el papelito está la hoja que tomé en la biblioteca en las primeras horas del día de La Obra, y en ella mi letra apurada dando cuenta de la biografía de Melanchthon. Sobre ambos, junto al número que la identifica, está la llave de mi cuarto en el hotel, que olvidé entregar al día siguiente de los hechos, por la noche, cuando, luego de los funerales, Laura, De Luca y yo abordamos el tren a Buenos Aires y dejamos para siempre Providencia.***

En las pausas de la escritura, mientras me preparaba un café o buscaba una forma más clara de decir las cosas, he estado observando, durante semanas, esos objetos que, más allá del recuerdo y ahora de este relato, materializan mis tres días pasados en Providencia (y me acompañaron, luego, en la tarea de contarlos). Lamento no conservar nada que fuera propiedad de Vieytes. No guardo siquiera el cuaderno de La Obra, porque en algún momento de la misa, en la ausencia de luz, o después, cuando brutalmente nos vimos arrojados a la realidad en el límite del día, el cuaderno debió caer al suelo y allí habrá sido pisoteado por la gente que huyó de la iglesia alarmada al descubrir que las muertes de Vieytes y de Schwarzerde nada tenían que ver con la ficción ni con La Obra; o peor, que eran todo lo contrario.

Me queda de Vieytes, en cambio, aunque Laura o De Luca pudieran decir que ni siquiera eso, la significación de su cometido alocado como un asunto a descifrar por el resto de mis días. Ya no creo que narrando ciertos hechos, poniéndolos fuera de uno, podamos comprender la razón por la que sucedieron. Me parece, más bien, que apenas llegamos a contar lo poco que podemos de ese todo inabordable que es cualquier experiencia humana.

El tiempo transcurrido desde entonces se encargó de hacer verdad aquello de que sólo las montañas están impedidas de encontrarse. Laura Cerri ya no vive en Buenos Aires (me comunicó su viaje a España una tardecita de verano en que su obsesión por conseguir *Arcana Coelestia*, de Swedenborg, nos llevó a recorrer varias librerías de la calle Santa Fe sin que pudiéramos hallarlo), pero hace unos meses, la providencia —¿qué otra cosa?—, nos reunió otra vez en México, frente al Templo de los Jaguares, en Teotihuacán, cuando yo no quería creer que esa mujer que se acercaba a pedirme que le tomara fotos con su pareja fuera la misma mujer que tiempo atrás había conocido en un bar de Buenos Aires mientras me contaba una parte de su vida, pero no a mí sino a la imagen de mí en el espejo. Laura me dijo esa tarde, tal vez influida por el espacio azteca, que no había duda de que era el espíritu de Vieytes el que nos había llevado a encontrarnos justamente en México, y quizás ese comentario no haya sido del todo ajeno al hecho de que, a mi regreso a Buenos Aires, una noche me decidiera al fin a escribir lo que he contado.

Tiempo después me escribió desde Madrid para anunciarme su casamiento con el hombre que yo había conocido en Teotihuacán. Le respondí para felicitarla, y desde entonces no he sabido más de ella.

Mi encuentro con Mario De Luca, en cambio, tuvo ribetes trágicos. Es que tampoco fue un encuentro, o fue un encuentro pero con su rostro, con su bigote grueso en los policiales de *La Nación*. De Luca murió por accidente en un tiroteo de la policía con dos maleantes que acababan de robar un mercado en las afueras de Burzaco. Sólo pasaba por ahí, ni siquiera era del barrio. Ésa era la noticia: que un pobre diablo ajeno a la situación acertó a quedar en medio del tiroteo y un balazo le destrozó la cara. Llamé a la viuda a los pocos días, pero la mujer no llegó a entender quién era el que la saludaba y al fin terminé desdibujándome en la vaga generalidad de un conocido.

Ahora que la vida ha hecho imposible que algún día volvámos los tres juntos a Providencia, lamento que no lo hiciéramos en los primeros días del regreso. En esos días sí hubo entre nosotros, en los llamados que nos hicimos cada tanto, la intención de regresar al pueblo a buscar la tumba de Vieytes, a cumplir con el ritual de dejar flores a un lado del nombre que dice, escasamente, quién fue. Pero luego la idea empezó a debilitarse, hasta que sin darnos cuenta fuimos dejando de hablar del asunto. Yo creo que por una razón que ninguno de nosotros quiso revelar nunca.

Desde entonces, para mí la noción de verdad comenzó a atenuarse como los colores y las cosas en la muerte insospechada que Swedenborg le atribuye a Melanchthon. Poco a poco me he despojado de certezas y he llegado a desestimar incluso, la negación que hice de todo lo que Vieytes me contó en aquellos días.

Tal vez algún día tome fuerzas y regrese a Providencia. Iré solo hasta la tumba que muestra el nombre de Vieytes. Entonces, tras la ingrata labor que haré al amparo de la noche sabré al fin si el inmenso temor de haberme equivocado se confirma en la ausencia que probablemente se abra ante mis ojos.

Notas

* Sé poco de las lecturas de mi padre, salvo los tres libros que hallamos en un armario luego de que nos abandonara y que nada tienen que ver con el asunto: *El hombre y el Estado*, de Jacques Maritain, *La lucha antiimperialista*, de Arturo Frondizi, y un impresentable memorial llamado *Piloto de Stukas*, de H. U. Rudel, en el que se relatan varios “vuelos contra el bolchevismo”, que —quiero entender— le habrá interesado por su afición a los aviones.

** Desde hace años escribo cuadernos con signos de lo que va sucediendo en el día. Son notas, a veces dibujos o números, disparadores que me recuerdan mi situación en el mundo en ese tiempo. Del 8 de septiembre de 2004 hay varias páginas con mis primeras impresiones en Providencia, el relato de Claus Schwarzerde que hizo Vieytes y algunas notas de lo sucedido ese día. Transcribo textual.

*** Al momento de irnos se sabía que las tres balas que terminaron con la vida de Vieytes —la que le entró en el cuello y las dos que impactaron en su pecho— eran calibre 38 y habían sido disparadas desde el sector derecho de la iglesia, pero se desconocía todo acerca del agresor. La gente no dejaba de asegurar que nadie había visto nada.



LUIS LOZANO

nació en Bolívar, provincia de Buenos Aires, en 1960. Su primera novela, *El legado* (1995), fue distinguida con el Premio Proyección 1994 y editada en Buenos Aires y en Chile. *Una mujer sucede* (2005), su segunda novela, mereció menciones en los premios Casa de las Américas, *Clarín*, *La Nación* y *Emecé*. Antes de ganar el Premio Clarín de Novela 2011, *El imitador de Dios* fue finalista de los premios Emecé y Bruguera. Lozano colaboró en *La Capital* de Mar del Plata, *La Crónica de Hoy* y *Unomásuno* de México, y en algunos medios de Chile, donde vivió temporariamente. *Una mujer sucede* fue llevada al cine por Pablo Bucca.



© Luis Lozano, 2011

© De esta edición:

Aguilar, Altea, Taurus, Alfabuara, S. A. de Ediciones, 2012

Av. Leandro N. Alem 720 (1001) Ciudad Autónoma de Buenos Aires

www.alfaguara.com/ar

eISBN: 978-987-04-2252-5

Primera edición digital: enero de 2012

Diseño de cubierta: Raquel Cané

Fotografía de cubierta: Getty Images

Fotografía de autor: Gerardo Dell'Oro/Clarín

Conversión a formato digital: Cecilia Espósito

Lozano, Luis María

El imitador de Dios. - 1a ed. - Buenos Aires : Aguilar, Altea, Taurus, Alfabuara; Arte Gráfico Editorial Argentino, 2011.

EBook

e-ISBN 978-987-04-2252-5

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título.

CDD A863

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.



Alfaguara es un sello editorial del Grupo Santillana

www.alfaguara.com

Argentina

www.alfaguara.com/ar

Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia

www.alfaguara.com/bo

Calacoto, calle 13, n° 8078
La Paz
Tel. (591 2) 279 22 78
Fax (591 2) 277 10 56

Chile

www.alfaguara.com/cl

Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia

www.alfaguara.com/co

Calle 80, n° 9 - 69
Bogotá
Tel. y fax (57 1) 639 60 00

Costa Rica

www.alfaguara.com/cas

La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador

www.alfaguara.com/ec

Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito

Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador

www.alfaguara.com/can

Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán - La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

España

www.alfaguara.com/es

Torrelaguna, 60
28043 Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos

www.alfaguara.com/us

2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala

www.alfaguara.com/can

7ª Avda. 11-11
Zona nº 9
Guatemala CA
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

Honduras

www.alfaguara.com/can

Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México

www.alfaguara.com/mx

Avda. Universidad, 767
Colonia del Valle

03100 México D.F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá

www.alfaguara.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay

www.alfaguara.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú

www.alfaguara.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico

www.alfaguara.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana

www.alfaguara.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay

www.alfaguara.com/uy
Juan Manuel Blanes 1132
11200 Montevideo

Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela

www.alfaguara.com/ve

Avda. Rómulo Gallegos

Edificio Zulia, 1º

Boleita Norte

Caracas

Tel. (58 212) 235 30 33

Fax (58 212) 239 10 51